

ECCLESIASTICA XAVERIANA

ORGANO DE LAS FACULTADES ECLESIASTICAS
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA XAVERIANA

VOLUMEN IV - 1954

CONTENIDO:

Dirección de la Revista.
Suscripciones de Benefactor 1954

SECCION TEOLOGICA

La Maternidad Espiritual de la Sma. Virgen en la Tradición
Divino-Apostólica

José Vergara, S.J.

SECCION CANONICA

¿Existen Leyes excepcionales?

Juan de J. Anaya, O.F.M.

SECCION FILOSOFICA

Kant refuta el Idealismo

Jaime Vélez Correa, S.J.

El Problema Epistemológico de las ciencias naturales

Mateo Vytautas Mankeliunas, Pbro.

SECCION HISTORICA

La expulsión de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Gra-
nada en 1767

Juan Manuel Pacheco, S.J.

SECCION ESCRITURISTICA

La especie moral del Primer Pecado según Gen. I-III.

Carlos Bravo, S.J.

SECCION BIBLIOGRAFICA

A Catholic Commentary on Holy Scripture

Alejandro Balogh, S.J.

Das Konzil Von Chalkedon

Mateo Vytautas Mankeliunas, Pbro.

REVISTA DE LIBROS

I. A. Caruso — J. Defever, S.J. — R. Baron — J. G. Lefebvre—
E. Peterson — P. Doncoeur — G. Duhamet — G. Gallois,
O.S.B. — M. J. Scheeben — Ch. Becker — Mgr. Villepelet —
J. Pieper et H. Raskop — M. M. Philipon, O.P. — H. Dumery
— Etc.

DIRECTOR:

Guillermo González Quintana, S.J.

SUBDIRECTOR:

Jorge Eduardo Acero López, S.J.

Dirección y Administración: Carrera 10 N° 65-48.

Teléfonos: 94-434 y 95-600 - Bogotá, Colombia, S. A.

Suscripción Ordinaria anual: \$ 5.00 (Exterior: U.S.\$, 2).

Suscripción de Benefactor anual: \$ 50.00 (Exterior: U.S.\$, 20).

SUSCRIPCIONES DE BENEFACTOR 1954

Excmo. y Rdmo. Sr. Angel María Ocampo Berrío

Obispo de la Diócesis de Tunja. 1953 y 1954.

Excmo. y Rdmo. Sr. Antonio María Torasso

Obispo Titular de Tapso y Vicario Apostólico de Florencia (Caquetá).

Ilmo. Sr. Joselyn Parada Leal

Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Tunja.

Sr. Pbro. Dr. E. Acosta

R. P. Juan Alvarez Mejía, S.J.

Director de la Revista Latinoamérica — México, D. F.

R. P. Carlos Ortiz Restrepo, S.J.

Rector del Colegio Nacional de S. Bartolomé — Bogotá.

R. P. José Trujillo, S.J.

Rector del Colegio de S. Ignacio — Medellín.

R. P. Trino Miguel Serrano, S.J.

Rector del Colegio de S. José — Barranquilla

R. P. Roberto Martínez, S.J.

Rector del Colegio de S. Luis Gonzaga — Manizales.

R. P. Enrique Giraldo, S.J.

Rector del Colegio de S. Pedro Claver — Bucaramanga. 1953 y 1954.

R. P. Eduardo Briceño, S.J.

Rector del Colegio de S. Juan Berchmans — Cali.

LA MATERNIDAD ESPIRITUAL EN LA TRADICION DIVINO - APOSTOLICA (*)

Por JOSE VERGARA, S.J.

La Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen, tan claramente propuesta a la fe del pueblo cristiano por el Magisterio ordinario de los Romanos Pontífices, y admitida unánimemente como verdad perteneciente a la doctrina de nuestra santa religión, tiene su base solidísima en la Sagrada Escritura y sus raíces penetran hasta el origen mismo de la tradición divino-apostólica. La Maternidad Espiritual es pues una verdad que pertenece al depósito de la revelación que Jesucristo confió a su Iglesia.

Una mirada a los documentos que nos legaron los Santos Padres y escritores eclesiásticos nos permitirán ver la antigüedad de esta doctrina entendida en el mismo sentido, con el mismo significado, así en los primeros siglos del cristianismo como en nuestros días.

Es verdad que al principio no encontramos el nombre explícito de «Maternidad Espiritual», pero es un hecho indudable también que ya desde el siglo segundo los Padres le asignan a la Santísima Virgen la función de engendrar (espiritualmente) a los hombres, de darles una vida nueva. La antítesis entre Eva y María lo manifiesta: Eva, autora de nuestra vida natural; María, de nuestra vida sobrenatural en Cristo, por la generación de Jesucristo, el segundo Adán, y en la generación de Jesucristo.

San Justino que murió hacia el año 165, en el siglo segundo, propone ya esta antítesis entre Eva y María, concepto fe-

(*) Fue en gran parte un auxiliar de este estudio el artículo del Rev. Dr. William R. O'Connor «The Spiritual Maternity of our Lady in Tradition», publicado en «Mariam Studies» Vol. III (1954), Págs. 142 a 156.

cundísimo, tomado de la tradición apostólica y de importancia capital en todo el desarrollo ulterior de la Mariología. Trasunto fiel del concepto bíblico del nuevo Adán, la idea de la nueva Eva, de *la mujer* por antonomasia, contiene al menos implícitamente casi todas las prerrogativas de María, y en especial su Maternidad Espiritual. San Justino Mártir ve los planes de Dios en la Encarnación de Jesucristo. El ha nacido de la Virgen precisamente para deshacer por la misma vía la obra de ruina iniciada por Eva. El paralelismo antitético es obvio: Eva desobediente, seducida por el demonio; María obediente, aceptando el mensaje del Ángel. El FIAT de la Virgen María la hace Madre de aquel por quien Dios destruye la serpiente y libra de la muerte a los hombres creyentes (1). Por su obediencia a las palabras del Ángel María concibe, ya, una nueva vida para la humanidad.

El concepto de la NUEVA EVA adquiere mayor vitalidad y determinación en San Ireneo, Obispo de Lyon, muerto hacia el año 202 o 203. Por su autoridad indiscutible como testigo de las principales iglesias del Asia Menor, de Roma y de las Galias, ocupa un lugar preeminente entre los Padres griegos. Su fidelidad a las tradiciones apostólicas se une al mérito de su antigüedad por haber sido discípulo de San Policarpo quien recibió su doctrina inmediatamente de los mismos Apóstoles, especialmente de San Juan, y así sus testimonios sobre la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen, de innegable valor, nos ponen en contacto con aquella feliz comunidad de Efeso donde Ella desplegó los tesoros de su Corazón maternal.

Desde luego aparece ya el principio de asociación, que unifica la misión toda del Nuevo Adán y la Nueva Eva, y la Vir-

(1) «Ex virgine hominem esse factum, ut qua via initium orta a serpente inobœdientia accepit, eadem et dissolutionem acciperet. Heva enim cum virgo esset et incorrupta, sermone serpentis concepto, inobœdientiam et mortem peperit, Maria autem virgo, cum fidem et gaudium percepisset, nuncianti angelo Gabrieli lætum nuntium, nempe Spiritum Domini in eam superventurum et virtutem Alsissimi ei obumbraturum, ideoque id quod nasceretur ex ea santum, esse Filium Dei, respondit: Fiat mihi secundum verbum tuum. Ex hac ille genitus est, de quo tot scripturas dictas esse demonstravimus, per quem Deus serpentem, eique adsimilatos angelos et homines profligat; eos autem qui probe factorum pœnitentiam agunt et in eum credunt, a morte liberat». Dial Tryph 100; P.G. 6, 710.

gen, lo afirma expresamente, es verdadera causa de salvación para toda la raza humana. El consentimiento a la Encarnación, su cooperación maternal en ella, desata el nudo de la desobediencia de Eva, en esa «recirculación» o actuación enteramente paralela pero antitética: «Así como aquella (Eva) que tenía por varón a Adán, cuando aún era virgen... desobedeció y fue causa de muerte para sí y para todo el género humano: así también María, teniendo predestinado un varón, y siendo virgen, al obedecer fue hecha causa de salvación para sí y para el universo género humano» (2).

Ser causa de salvación no significa otra cosa sino engendrar de nuevo a los hombres para Dios. En esta generación espiritual la Virgen es el principio generador: «Los que le anunciaban (como) Emmanuel (nacido) de la Virgen, manifestaban la unión del Verbo de Dios con su creatura; que el Verbo sería carne y el Hijo de Dios hijo del hombre.

abriendo (El) limpio limpiamente el limpio seno,
el (seno) que regenera los hombres para Dios,
 el cual (seno) El mismo hizo limpio;
 y vino a ser eso mismo que somos nosotros». (3).

La frase esencial para nuestro intento es ésta: «EL SENO QUE REGENERA LOS HOMBRES PARA DIOS». Ahora bien, S. Ireneo nos habla de la Encarnación: «El Hijo de Dios (sería) hijo del hombre»; de la generación virginal: «abriendo (El) limpio limpiamente el limpio seno», y afirma que ese mismo seno de que está hablando, ese mismo regenera los hombres para Dios. De un mismo seno, pues, nos dice que es abierto limpiamente por el Hijo de Dios y que regenera a los

(2) «Consequenter autem et Maria virgo obœdiens invenitur dicens: Ecce ancilla tua, Domine, fiat mihi secundum verbum tuum. Heva vero inobœdiens: non obœdavit enim, cum adhuc esset virgo. Quemadmodum illa virum quidem habens Adam, virgo tamen adhuc existens... inobœdiens facta, et sibi, et universo generi humano causa facta est mortis: sic et Maria habens prædestinatum virum, et tamen virgo, obœdiens, et sibi, et universo generi humano causa facta est salutis... Sic autem et Hevæ inobœdientiae nodus solutionem accepit per obœdientiam Mariæ. Quod enim adligavit virgo Heva per incredulitatem, hoc virgo Maria solvit per fidem». Adv. Haer. 3, 22, 4. P.G. VII, 1958. Et cfr. «Demonstratio prædictionis apostolicæ», ex armeno translata a S. Weber (Friburg, Herder, 1917) n. 33.

(3) Adversus Haer., 4, 33, 11, M.G. 7, 1080.

hombres para Dios. Este es el seno virginal de María, y sólo él; de él nace el Emmanuel (alusión directa a Isaías 7, 14 y a San Mateo 1, 22-23). Por tanto la Virgen-Madre de Dios es la Madre de los hombres a quienes ella regenera.

La mente de S. Ireneo aparece más clara si se tiene en cuenta que en toda su doctrina soteriológica aplica los mismos principios de San Pablo: la «recapitulación» en Jesucristo: «El es el que todas las gentes, dispersas desde Adán, y todas las lenguas, y la generación de los hombres con el mismo Adán, recapituló en sí mismo» (4). «Cómo pudiéramos ser asociados a la incorrupción y a la inmortalidad, si antes la incorrupción y la inmortalidad no se hubiera hecho eso mismo que somos nosotros?» (5).

«La consecuencia de estos principios (escribe el P. Bover), (6) es obvia. Si el Hijo de Dios, al unirse a su creatura, al hacerse eso mismo que somos nosotros, recapitulaba en sí mismo toda la humanidad a él incorporada, es evidente, en el pensamiento de S. Ireneo, que el seno de la Virgen, al engendrar al Hijo de Dios hecho hijo del hombre, por el mismo caso engendraba a toda la humanidad en él recapitulada, que es decir «regeneraba los hombres para Dios». La lógica impone esta consecuencia. Pero San Ireneo nos ahorró el trabajo de sacarla. Preparándola inmediatamente escribe: «NACIO el Señor como PRIMOGENITO DE LOS MUERTOS, Y RECOGIENDO en su seno a los antiguos padres REGENERARLOS PARA LA VIDA DE DIOS, hecho él primogénito de los que viven, ya que Adán se había hecho principio de los que mueren» (7). La consecuencia final y definitiva la formula el santo Obispo en estas memorables palabras, que nunca deberían olvidar los teólogos y singularmente los mariólogos: «Recapitulando en sí a Adán, El, que era el Verbo, legítimamente recibía de María Virgen la generación de la recapitulación de Adán» (8).

Con esta magnífica declaración queda descifrado el misterio, queda patente la significación mariológica y coherente de todo

(4) M. G. 7, 957-958, et cfr. ibid. 956-938, 1122.

(5) M.G. 7, 939-940.

(6) J. M. Bover S.J., La Maternidad espiritual de María en los Padres griegos, Estudios Marianos, VII (1948) p. 94-95.

(7) M.G. 7, 959.

(8) M.G. 7, 955.

el pasaje, queda maravillosamente ilustrada la naturaleza de la maternidad espiritual de la Virgen. La Virgen María es la Madre espiritual de todos los hombres, porque al engendrar virginalmente al Hijo de Dios hecho hijo del hombre, por el mismo caso engendra juntamente y regenera para Dios a todos los hombres recapitulados en Cristo Jesús».

Una paráfrasis del texto de San Ireneo la encontramos en estas palabras del inmortal Pontífice S. Pío X: «An non Christi Mater Maria? Nostra igitur et Mater est... æternum Dei Filium non ideo tantum concepit Virgo ut fieret homo, humanam ex ea assumens naturam; verum etiam ut, per naturam ex ea assumptam, mortalium fieret sospitator... In uno igitur eodemque alvo Castissimæ Matris et carnem Christus sibi assumpsit et «spirituale» simul corpus adiunxit, ex his nempe coagmentatum «qui credituri erant in eum». Ita ut Salvatorem habens Maria in utero, illos etiam dici queat gessisse omnes, quorum vitam continebat vita Salvatoris. Universi ergo quotquot cum Christo iungimur... de Mariæ utero egressi sumus, tamquam corporis instar cohaerentis cum capite. Unde spirituale quidem ratione ac mystica, et Mariæ filii nos dicimur, et ipsa nostrum omnium Mater est. «Mater quidem spiritu..., sed plane mater membrorum Christi quod nos sumus»... Virgo beatissima Dei simul et hominum parens est...» (8).

Formulemos ya las conclusiones que se desprenden del texto de San Ireneo antes declarado:

- 1a «La Maternidad Espiritual es una derivación o prolongación de la Divina Maternidad. En una misma frase dice S. Ireneo que «el Hijo de Dios se hizo hijo del hombre, abriendo limpiamente el limpio seno que regenera los hombres para Dios»; que es, invirtiendo los términos, lo mismo que decir: «el limpio seno de la Virgen María limpiamente engendró al Hijo de Dios hecho hijo del hombre, regenerando con ello los hombres para Dios».
- 2a La base de la Maternidad Espiritual y de su conexión con la Divina Maternidad es la recapitulación de los hombres en Cristo Jesús, es decir, el principio de solidaridad entre Cristo y los hombres, o la cohesión y unidad orgánica y vi-

(9) Enc. Ad diem illum. A.S.S. 36, p. 452-253. Tondini, Le Encicliche Mariane. p. 310-312.

tal del Cuerpo místico de Cristo, que todo es una misma cosa.

- 3a La Maternidad Espiritual de la Virgen es regeneración de los hombres para Dios; es, por tanto, maternidad de verdadera regeneración espiritual, no de simple adopción jurídica. Que no es una adopción de los hombres sobrepuesta a la generación del Hijo de Dios, antes es la misma generación de Cristo, que se extiende o prolonga hasta los hombres comprendidos o recapitulados en él» (10).

También en el texto siguiente enseña San Ireneo con toda claridad la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen:

«¿Cómo el hombre pasará a Dios, si no (pasa) Dios al hombre? ¿Y cómo dejará la generación de muerte si no (pasa) a la nueva generación, dada por Dios maravillosa e inopinadamente, y como señal de salud, (generación) que proviene de la Virgen, (que es) regeneración mediante la fe?

¿O qué adopción recibirán de Dios, permaneciendo en esa generación que como según el hombre en este mundo...?

El Hijo de Dios hízose hombre, recibiendo en sí mismo la antigua plasmación» (11).

La frase esencial es aquí: «la nueva generación que proviene de la Virgen (que es) regeneración mediante la fe». El contexto y los pasajes paralelos exigen la interpretación mariológica: La Virgen es María (12). Como en el caso anterior, aquí también la base de la Maternidad Espiritual es la recapitulación de los hombres en Cristo; su origen es la Maternidad Divina; su índole es la modalidad de verdadera generación espiritual.

El pensamiento de San Ireneo es una enseñanza tradicional que tuvo resonancia innegable en los Padres y escritores posteriores. No se trata pues de una opinión personal suya, sino de una verdad tradicional.

(10) J. M. Bover S.J. 1.c., p. 95.

(11) M.G. 7, 1074-1075.

(12) Para la exégesis del texto cfr. J. M. Bover, 1, c., p. 96-98.

Así Tertuliano, que murió hacia el año 240, nos presenta en su «Libro de carne Christi» el principio de «recirculación»: «Dios recuperó con una operación émula, la imagen y semejanza suya capturada por el Diablo», y la explica valiéndose del paralelismo entre Eva y María, y la antítesis de su actividad. De lo cual resulta que María en la Encarnación se convierte en vivificadora de los hombres en Cristo:

«El verbo edificador de muerte había entrado en Eva, virgen todavía; en la Virgen debía también introducirse el Verbo de Dios edificador de la vida: para que lo que por aquel sexo había ido a la perdición, volviera a la salvación por el mismo sexo. Eva había creído a la serpiente; María creyó a Gabriel. Esta al creer borró lo que aquella pecó al creer... María dio a la luz a aquél que un día salvaría a Israel, su hermano carnal que le daría muerte. Dios, por consiguiente, le trajo a su seno a su Verbo, el hermano bueno, para borrar la memoria del mal hermano. Por eso Cristo tuvo que salir para la salvación del hombre allí donde había entrado ya el hombre condenado» (13).

Notemos la fuerza de expresión con que Tertuliano aduce el principio de solidaridad (como antes San Ireneo), y la frase: «Israel, su hermano *carnal!*... Así mismo: (Cristo) el hermano bueno, (Israel) el mal hermano». Estas expresiones aluden a la relación de maternidad real de María con respecto a Israel (el género humano pecador). Si a esto se añade el hecho de «haber borrado la Virgen en la Encarnación lo que Eva pecó» se tendrá una indicación de la generación espiritual de los hombres.

(13) «Sed et hic ratio defendit, quod Deus imaginem et similitudinem suam, a diabolo captam, æmula operatione recuperavit. In virginem enim adhuc Evam irrepserat verbum ædificatorium mortis; in virginem æque introducendum erat Dei Verbum extractorium vitæ: ut quod per eiusmodi sexum abierat in perditionem, per eundem sexum redigeretur in salutem. Crediderat Eva serpenti: credidit Maria Gabrieli. Quod illa credendo deliquit, hæc credendo delevit. «Sed Eva nihil tunc concepit in utero ex diaboli verbo». Imo concepit. Nam exinde ut abiecta pareret, verbum diaboli semen illi fuit. Enixa est denique diabolium fratricidam. Contra, Maria eum edidit, que carnalem fratrem Israel, interemptorem suum, salvum quandoque præstaret. In vulvam ergo Deus Verbum suum detulit, bonum fratrem, ut memoriam mali fratris eraderet. Inde prodeundum fuit Christo ad salutem hominis, quo homo iam damnatus intraverat». Liber de Carne Christi, cap. 17; M. L. 2, col. 782.

La Maternidad espiritual es verdadera maternidad, es maternidad de generación; se funda en la Maternidad divino-soteriológica, y su término es la vida sobrenatural que borra el pecado de Eva (el pecado original).

Orígenes murió el año 254, y da a la Santísima Virgen el nombre de MADRE. Por primera vez, a juzgar por los testimonios que se conservan, este nombre se aplica ya para designar con el término propio la Maternidad Espiritual. Orígenes escribe así:

«Atrevámons a decir que las primicias de todas las Escrituras son los Evangelios, y las primicias de los Evangelios el Evangelio según San Juan, cuyo sentido no puede percibir ninguno que no se haya recostado sobre el pecho de Jesús, o haya recibido de Jesús a María para que venga a ser también madre suya: tanto que sólo es necesario que sea tal que llegue a ser otro Juan, para que como Juan, así éste también sea declarado por Jesús ser Jesús. Porque si ninguno excepto Jesús es hijo de María, según los que rectamente han opinado de ella, y Jesús dice a su Madre: He aquí a tu hijo, y no (dice) he aquí que también éste es tu hijo; es lo mismo que si hubiera dicho: He aquí que éste es Jesús a quien tú engendraste. En efecto, todo el que es perfecto no vive ya él sino que Cristo vive en él, y al vivir Cristo en él, le es dicho de él a María: He aquí a tu hijo Cristo» (14).

Orígenes alude aquí al texto de San Juan (19, 26): «Mulier ecce filius tuus», en el sentido de la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen. No dice, es verdad, que San Juan nos representaba a nosotros, sino que basa su argumento en la identificación del cristiano con Jesucristo. Es pues cierto que la Santísima Virgen no tiene más que un hijo, Jesucristo, —dice él—, pero San Juan y todo perfecto cristiano como él está identificado con Jesucristo. Es pues Madre nuestra, porque S. Juan y cualquier cristiano perfecto son uno con Cristo. Para Orígenes la Maternidad Espiritual se funda en esa identificación, y afirma que no entenderá el cuarto Evangelio el que no haya recibido de Jesús a María para ser su Madre: «vel (nemo, nisi qui) acceperit a Jesu Mariam, quæ etiam ipsius Mater fiat».

(14) C. B. 4,8; M.G. 14, col. 32.

El más ilustre representante de la literatura siríaca es San Efrén que nació el año 306 o 307 y murió el 373. Como Padre de la Iglesia es uno de los portaestandartes más autorizados de la tradición de la Iglesia católica. Benedicto XV lo declaró solemnemente Doctor de la Iglesia universal.

San Efrén nos habla de la Maternidad Espiritual en términos generales cuyo valor ya conocemos: «Por medio de Eva se originó la muerte, y la vida por medio de María» (15). La contraposición entre la muerte y la vida presenta a María como principio de nuestra vida sobrenatural en Cristo. Así se colige de las estrofas del himno II a la Virgen (traducidas del siríaco al italiano por Giuseppe Ricciotti, *Inni alla Vergine*, Torino 1939, p. 18 y 19):

«Per lei (Maria) si sollevò il capo
di Eva rimasto abbattuto;
perchè Maria recò il bambino
che afferrò il serpente,
e le foglie della nudità
si transmutarono in gloria.

Due vergini
ebbe l'umanità:
una, cagione della vita,
l'altra, cagione della morte;
da Eva spuntò la morte,
ma la vita da Maria.

La madre ch'era caduta,
fu sorretta dalla figlia sua:
e poichè quella si era rivestita
delle foglie della nudità,
questa intessè e dette a lei
una stola di gloria.

Per Maria ebbe una speranza
il sesso femminile:
poichè l'onta (era entrata) nelle loro orecchie

(15) «Per Evam orta est mors, et vita per Mariam». S. Ephraem Syri hymni et sermones, ed. Th. J. Lamy (Mechliniæ 1882-1902), vol. II, p. 556.

e l'ignominia sul loro volto,
essa le librò
sì che rimasero senza colpa».

Vuelve el Santo sobre este paralelismo antitético y se vale del principio de asociación para declararnos cómo Jesús y María sacaron a Adán del abismo y lo *vivificaron*:

«Eva y la serpiente cavaron la fosa, y allí precipitaron a Adán; pero María y el infante regio se opusieron, bajaron y lo sacaron del abismo por este misterio oculto, que... vivificó a Adán» (16).

Esta función vivificadora de María comienza a actuar en la Encarnación, puesto que el *niño* y ella vivificaron a Adán, lo sacaron del abismo al realizarse este oculto misterio que unió a Jesús y María en el oficio mismo de dar la vida.

En la Encarnación queda pues la Virgen constituida en principio de vida:

«El hombre encontró el sepulcro por medio de Eva; por medio de María fue llamado al cielo. Dos legados fueron enviados al mundo, a Eva y a María; satanás y el Angel, la serpiente y Gabriel: y en la anunciación de estos dos fueron encontradas la muerte y la vida» (17).

La Santísima Virgen «es la fuente de todo bien para el mundo» (18), más aún, Ella «es la fuente de donde manaron para los sedientos las aguas de la vida» (19). «Por medio de María somos trasladados de la muerte a la vida» (20).

(16) «Eva et serpens fossam foderunt, illucque Adamum præcipitarunt; at Maria et regius infans sese opposuerunt et delapsi extraxerunt eum ex abysson per hoc occultum mysterium, quod patefactum Adamum vivificavit». Ibid. p. 424.

(17) «Per Evam homo invenit sepulchrum: per Mariam in cælum vocatus est. Duo legati missi sunt in mundum ad Evam et Mariam: satanas et angelus, serpens et Gabriel: et in nuntio horum duorum mors et vita inventæ sunt». Ibid. vol. III, p. 986.

(18) «Beata quæ mundo fons facta est omnia fundens bona». Ibid. vol. II, p. 548.

(19) «Ipsa est fons de domo Dei egrediens, ex quo sitientibus fluxerunt aquæ vitæ». S. Ephraem Opera Omnia, ed. Mobarek-Assemani (Roma 1742-46) vol. III, p. 607.

(20) «Hodie vero per Mariam traslati sumus de morte ad vitam». Ibid. vol. III, p. 607.

La conclusión se impone: La Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen es una maternidad verdadera, es maternidad cuya función es la de vivificar, es una maternidad que constituye a María en principio y fuente de vida sobrenatural, en principio y fuente de gracia, y esta maternidad espiritual se funda en la Maternidad Divina.

El mismo año 373 moría San Atanasio. Entre sus obras aparece un sermón que lleva como título: Sermón de la descripción de la Madre de Dios, pero su autenticidad es dudosa. Contiene un párrafo precioso sobre la Maternidad Espiritual y dice así:

«Entonces conoció José que Isaías había escrito de Ella: «He aquí que una virgen concebirá». Así que de un modo incomparable Jesús es primogénito. Y si hemos de confesar la verdad, El (es) Señor, y Unigénito del Padre; porque solo, nació del solo sin principio: El (es) Señor y Unigénito y primogénito del Padre, unigénito de la Madre, por el decreto de la economía. Porque tiene muchos hermanos, no por naturaleza, sino por gracia, tanto en la Virgen como en el Padre».

Jesús es pues el Unigénito y el primogénito. Los hombres son *hermanos* de Jesús en la Virgen, y por consiguiente son hijos de María, y lo son «por gracia», en otras palabras son los hijos espirituales, puesto que Jesús es su Hijo único por naturaleza. Se afirma pues la Maternidad Espiritual, maternidad cuyo término en nosotros no es nuestra vida natural sino nuestra vida sobrenatural, vida de la gracia que nos hace ser hijos de Dios e hijos de María. Esta vida nueva es la que hace que Dios sea verdaderamente nuestro Padre, María verdaderamente nuestra Madre, Jesús nuestro hermano. Tal es la realización de los planes de Dios en la ejecución del decreto de la economía: nuestra vivificación para nuestra salvación. (21).

La doctrina de la Maternidad Espiritual en San Ambrosio († 379) Obispo de Milán, aparece con algunos rasgos genera-

NB: Todos estos textos están tomados de las obras siríacas. Se tienen por auténticos todos los editados por Lamy; y casi todos los siríacos editados por Mobarek-Assimani, pero no los procedentes de translaciones griegas y menos los de latinas en la ed. de Mobarek-Assemani.

(21) «Ipsam Deus ex universo cætu virginum elegit, ut nostræ esset salutis instrumentum». Opera Omnia ed. Mobarek-Ass., vol. III, p. 607.

les que ya nos son conocidos: La nueva Eva y su Maternidad Divino-soteriológica, porque nos presenta a la Santísima Virgen como la segunda Eva vinculando a la Maternidad Divina su eficacia salvadora. Así en su «Exhortación a la virginidad» escribe:

«Considerad, hijos, qué Madre se eligió el Señor Jesús al venir a estas tierras. El que va a dar la salvación al mundo por medio de la Virgen viene, y deshace la caída de la mujer con el parto de la Virgen» (22).

Esta eficacia salvadora es la vida; María venció al demonio al dar a luz a Jesucristo que lo subyugó en la pasión. Para librar a Eva, María fue Madre de Dios; así lo dice en su Oración sobre la muerte de Teodosio:

«Quítese pues la ruina para que aparezca la vida:... ábrase la tierra para que fulgure la salvación». Luego se encara con el demonio e increpándole le dice: «Te venció María que engendró al triunfador, la que sin perder la virginidad dio a luz al que te vencería crucificado, y muerto te subyugaría. Hoy también eres vencido para que la mujer caiga en la cuenta de tus asechanzas... La Virgen fue visitada (por Cristo) para que (ella) salvara a Eva...» (23).

La cooperación de la Santísima Virgen a la Encarnación redentiva hace que la Madre de Dios engendre en Cristo la salvación, y dé a luz la vida de todos, y una vez más entre en jue-

(22) «Considerate, filii, quam sibi veniens in has terras Dominus Jesus Matrem elegerit. Salutem mundo daturus per Virginem venit, et mulieris lapsus partu virginis solvit». Exhortatio Virginitatis, cap. IV, n. 26, ML. 16, p. 343.

(23) «Tollatur igitur ruina, ut vita appareat: promatur gladius, quo veri Goliæ caput est amputatum: aperiatur humus, ut salus fulgeat. Quid egisti diabole, ut absconderes lignum, nisi ut iterum vincereris: *Vicit te Maria*, quæ genuit triumphatorem, quæ sine imminutione virginitatis edidit eum qui crucifixus vinceret te, et mortuus subiugaret. Vinceris et hodie, ut mulier tuas insidias deprehendat...

Et quia iam *feminam visitaverat Christus in Maria*, spiritus in Helena visitavit:...

Visitata est Maria ut Evam liberaret: visitata est Helena ut imperatores redimerentur. Misit itaque filio suo Constantino diadema gemmis insignitum, quas pretiosior ferro innexas crucis redemptionis divinæ gemma connecteret». De Obitu Theodosii Oratio, núm. 44,46,47 ML 16, col. 1400-1401.

go el principio de solidaridad y asociación para iluminar el misterio de la Maternidad Espiritual:

«La Virgen engendró la salud del mundo, la Virgen dio a luz (parió) la vida de todos. No debe pues estar sola la virginidad que aprovechó a todos en Cristo... el cual conservó intacta su virginidad al nacer de su seno. Así que Cristo halló en la Virgen a los que quería fueran algo suyo, que el Señor de todos asumiera para sí. Por un hombre y una mujer la carne fue arrojada del paraíso, por la Virgen fue unida a Dios» (24).

Basado pues en esta solidaridad la Virgen nos incorpora a Jesucristo para nuestra vivificación: «Itaque in Virgine Christus reperit, quos *suum* esse vellet, quod sibi omnium Dominus assumeret». Por eso Ella unió a Dios la humanidad arrojada del paraíso, y dio a luz la vida de todos. Además el Santo compara a la Virgen con una nube que deja caer sobre la tierra la gracia de Cristo:

«... et quasi nubes pluit in terram gratiam Christi». «Nube verdaderamente leve que libró a este mundo del peso de los pecados. Era leve la que gestaba en su seno la remisión de los pecados» (25).

(24) «Quid autem loquar quanta sit virginitatis gratia, quæ meruit a Christo eligi, ut esset etiam corporale Dei templum, in qua corporaliter, ut legimus (Col. 2,9) habitavit plenitudo divinitatis? Virgo genuit mundi salutem, virgo peperit vitam universorum. Sola ergo non debet esse virginitas, quæ omnibus in Christo profuit? Virgo portavit, quem mundus iste capere ac sustinere non potest. Qui cum ex Mariæ nasceretur utero, genitalis tamen septum pudoris, et intemerata virginitatis conservavit signacula. Itaque in Virgine Christus reperit, quos suum esse vellet, quod sibi omnium Dominus assumeret. Per virum autem et mulierem caro eiecta de paradiso, per virginem iuncta est Deo». Ep. 63, n. 33; ML 16, col. 1198.

(25) «O divitias Marianæ virginitatis! Quasi olla ferbuit, et quasi nubes pluit in terram gratiam Christi. Scriptum est enim de ea: ECCE DOMINUS VENIT SEDENS SUPER NUBEM (Esai. 19, 1). Vere levem quæ coniugii onera nescivit: vere levem quæ levavit hunc mundum de gravi fœnere peccatorum. Levis erat quæ remissionem peccatorum utero gestabat...» De Institutione Virginis cap. XIII, n. 81 ML 16, col. 325.

NB: Migne, en la penúltima frase citada escribe «modum» y no «mundum». Parece ser un error, y Keuppens (Mariologiæ Compendium 2, 1947), lee «mundum».

Por consiguiente en el seno de la Santísima Virgen se encerraba toda la humanidad, y al concebir a Jesucristo el seno de la Virgen concebía en Cristo y por Cristo juntamente la humanidad entera. Por eso puede decir S. Ambrosio que en el seno de María halló Cristo a los hombres...; que ese seno llevaba en gestación la remisión de los pecados; que en Cristo engendraba la salvación y daba a luz la vida de todos, los libraba del peso de los pecados, todo en una palabra porque en la Encarnación el Seno de María unía a Dios la humanidad arrojada del paraíso. Es decir, porque la concepción de Jesucristo es también por la acción maternal de la Virgen la concepción de todos los hombres que él recapitulaba en sí. Tal es el fruto de la generación virginal que es a un mismo tiempo Maternidad Divina y Maternidad Espiritual.

Pero sobre esta Maternidad Espiritual, la afirmación de S. Ambrosio quizá más interesante por su novedad, es la metáfora del grano y la mies que también usarán otros Padres griegos y latinos:

«Por tanto de aquel seno de María se difundió en este mundo un montón de trigo cercado de lirios, cuando nació de Ella Cristo».

En el texto aducido hay una explicación del Cantar de los Cantares 7, 2: «Tu seno es montón de trigo cercado de lirios». El grano de trigo es Jesucristo Redentor, «Porque de un grano de trigo se hizo el montón...», y al nacer de la Virgen, el seno virginal difundió en el mundo, no un solo grano, sino un montón de trigo. La razón la había indicado ya: «En el seno de la Virgen hay a la vez un montón de trigo» («In quo Virginis utero simul acervus tritici») (26).

(26) «Ex illo ergo utero Mariæ diffusus est in hunc mundum acervus tritici... quando natus est ex ea Christus».

Cfr. J. M. Bover, *La Maternidad Espiritual en los PP. Griegos Estudios Marianos*, (1948) vol. VII, pp. 102 y 103. Para la explicación de la metáfora.

En el libro de *Institutione virginis*, cap. 14, n. 91 ML. 16, col. 327, habla S. Ambrosio del *Granum tritici* y del *Acervus Tritici*: «In quo Virginis utero simul acervus tritici... *Granum tritici secundum quod scriptum est: Amen, amen dico vobis, nisi granum tritici cadens in terram, mortuum fuerit, ipsum solum manet* (jo. 12,2 4). *Sed quia de uno grano tritici acervus est factus... quia granum illum mortuum, plurimum fruc-*

¿Cuál es el significado de la metáfora del grano y el montón de trigo? La respuesta no se hace esperar: La Maternidad Espiritual iniciada en la Encarnación, Maternidad real que concibe en su seno y da a luz en Cristo un montón de trigo que somos nosotros.

Si consideramos atentamente la mente de San Ambrosio encontramos en ella una evolución auténtica de la doctrina de San Ireneo sobre la Maternidad espiritual, maternidad real, íntimamente vinculada a la Maternidad divina, basada en la solidaridad que Ella comunica a Jesucristo y en la incorporación o recapitulación en Cristo quien comienza su obra salvadora en la Encarnación.

San Epifanio fue Obispo de Salamina admirable por su celo de la ortodoxia de nuestra fe y teólogo más bien positivo que especulativo, y es un testigo idóneo de la doctrina tradicional de la Iglesia católica. Murió el año 402 o 403. Muchas veces habla en sus escritos de la Virgen y dice: «Acercas de la Santísima Virgen hemos profesado lo que pensábamos era religiosísimo y fructuoso, para que recibiéramos el patrocinio de la que es la llena de gracia» (27). Por lo tanto su testimonio sobre la Maternidad Espiritual es de mucho valor. Por primera vez se da ya a la Virgen María el nombre propio de MADRE DE LOS

tum attulit...», y en el Cap. 15 n. 94 dice:

«EX ILLO ERGO UTERO MARLÆ DIFFUSUS EST IN HUNC MUNDUM ACERVUS TRITICI MUNITI INTER LILIA QUANDO NATUS EST EX EA CHRISTUS» ML. 16, col. 327.

Hay un texto de S. Ambrosio en que alude a J. XIX 26, que Pagnamenta interpreta como una proclamación de la Maternidad universal.

Roschini (o.c. p. 135 y 136) presenta el texto de S. Ambrosio pero la cita contiene un error, no es PL 16, 1270, sino PL 16 1218, n. 109 (conviene leer también el n. siguiente). El mismo autor cita el comentario de Pagnamenta (ibid, p. 136) y termina diciendo: «Maternitas ergo spiritalis B.M.V. a S. Ambrosio in doctrina Paulina corporis mystici, cuius Christus est caput, fundatur. Per Mariam enim Christus factus est caput universale humanitatis, et ideo Maria, PHYSICE Christum generando, SPIRITUALITER nos omnes (membra Christi Capitis) generat. Qua propter Maternitas spiritalis erga homines in Maternitate divina erga Christum fundatur» Roschini.

(27) Adv. Haer. I. III, tomo II, Mariología I, p. 136, haer 78, P.G. 42, col. 735.

VIVIENTES: en el Libro tercero contra las herejías, tomo II, herejía 78 escribe:

«Esta es la que significó Eva, quien con cierta envoltura enigmática es llamada madre de los vivientes. Puesto que Eva fue llamada madre de los vivientes cuando había oído ya: «Eres tierra y en tierra te convertirás», es decir después de admitido el pecado. Y muy digno de admiración es que después de aquella ofensa se le haya atribuido nombre tan esclarecido. Y si consideras solamente lo sensible, toda la generación de los hombres sobre la tierra ha sido engendrada por aquella Eva. Aquí en cambio verdaderamente la misma vida ha sido engendrada por María para el mundo, para que engendre al viviente y sea (llegue a ser) María Madre de los vivientes. Por una comparación oscura (enigma) María ha sido llamada Madre de los vivientes. Porque de las dos mujeres se dijo: «¿Quién ha dado sabiduría a la mujer o la ciencia del bordado?» (Job 38, 36)».

Alude luego a que Eva vistió la desnudez sensible de Adán, y a María le fue dado que engendrara al cordero y oveja y fuera para nosotros por la virtud de él vestido de (inmortalidad) incorrupción, y continúa:

«Otra cosa y muy digna de admiración puede considerarse en una y otra, es decir acerca de Eva y de María: Porque por una parte Eva fue causa de muerte para los hombres, porque por ella entró la muerte al mundo; y por otra, María causa de vida, por medio de la cual (María) fue engendrada para nosotros la vida...

Y de donde resultó la muerte allí aventajó la vida, para que la vida (Jesucristo) engendrada de nuevo para nosotros por la mujer (María), habiendo excluido a la muerte causada por la mujer (Eva) la vida ocupara el lugar de la muerte. (28).

En este texto, traducido directamente del griego, San Epifanio afirma:

1o. que por la Maternidad divina, en la Encarnación, la Virgen es (ha venido a ser) Madre de los vivientes. Así como en el orden natural (sensible) Eva es la Madre de todos los hombres de la tierra, así en un orden superior, (no natu-

ral) el sobrenatural, aún más verdadero por María ha sido engendrada la vida para el mundo, para que Ella sea la que engendre al viviente y sea la Madre de los vivientes. Pero no sólo esto, sino también «María ha sido llamada Madre de los vivientes».

La primera frase vincula las dos Maternidades, la divina con respecto al Viviente (Jesucristo), y la espiritual con respecto a nosotros los hombres todos, los redimidos, que en la generación natural venimos de Eva. La segunda frase: «ha sido llamada Madre de los vivientes» emplea el tiempo perfecto griego que indica un estado, algo definitivo. No sería improbable que el santo hiciera aquí una alusión al uso común de su tiempo de *llamar* definitivamente a la Virgen la Madre de los vivientes, (para aludir a un sentido típico de la escritura sobre ese nombre dado a Eva después de su pecado, hubiera bastado un aoristo).

2o. María es causa de nuestra vida, en Cristo, por haber engendrado para nosotros la vida (Jesucristo). (El texto griego usa aquí el participio «engendrado» en género masculino y no femenino, aun cuando concuerda con Vida, indicando así el sentido personal de La Vida que es Jesucristo).

La conclusión de lo expuesto es clara: Hay un nexo íntimo entre la Encarnación y la Maternidad Espiritual, entre la Maternidad Divina y la Maternidad Espiritual, la Santísima Virgen es verdaderamente la Madre de los vivientes.

En S. Juan Crisóstomo († 407) la idea de la Maternidad Espiritual aparece envuelta en el paralelismo antitético Eva-María:

«Una virgen nos expulsó del paraíso, por la Virgen encontramos la vida eterna. Por la que fuimos condenados, por esa fuimos coronados» (29).

(La actividad vivificadora con que la Virgen coopera en la restauración se deduce del paralelismo con Eva en la caída: he aquí el texto latino: «Nam propter nostram salutem omnia fecit: et per quæ diabolus nos expugnavit, per ea ipsa Christus ipsum superavit. Ea ipsa arma accepit, ac per eadem ipsum prostravit; quomodo autem, audi: Virgo, lignum

(29) Expos. in Ps. 44,7 P.G. 55, 193.

et mors nostræ cladis symbola erant. Etenim virgo erat Eva... lignum erat arbor...; mors supplicium de Adamo sumptum... Iam vide quomodo eadem ipsa nobis victoriæ causa sint. Pro Eva Maria, pro ligno scientiæ boni et mali, lignum crucis; pro morte Adani, mors Domini». (30).

Y lo mismo podemos decir de San Jerónimo († 419 o 420) :

«Eva daba a luz siempre en dolores, pero después que la Virgen concibió en su seno y nos dio a luz un niño, «cuyo imperio sobre sus hombros» (Isai. 9,6), Dios, fuerte, padre del siglo futuro, fue quitada la maldición. La muerte por Eva, la vida por María» (31).

«... Para que nos fuera restituído por Santa María lo que había sido prometido a David... Se acordó el diablo de su arte primitiva, (arte) que en una ocasión engañó a Adán por medio de la mujer; y así también ahora lo intenta por la mujer, creyendo que siempre puede engañar a los varones por la mujer, sin considerar que uno fue el derribado por la mujer, y ahora *por la mujer* todo el mundo ha sido salvado. Te viene a la mente Eva, pero considera a María: aquella nos arrojó del paraíso, ésta nos devuelve al cielo» (32).

Textos como estos nos hablan de una actividad salvadora, vivificadora, propia de la Segunda Eva; manifiestan la función maternal sin dar a María el nombre de Madre de los hombres en el orden de la restauración.

La Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen da un paso de avance, decisivo, en los escritos de *San Agustín*, Obis-

(30) Hom. in S. Pascha, M.G. 52, 761.

(31) «Inveniebatur ergo, ut diximus, in viris tantum hoc continentiæ bonum, et in doloribus Eva parturiebat. Postquam vero Virgo concepit in utero, et peperit novis puerum, «cuius principatus in humeros eius» (Isai. 9,6) Deum, fortem, patrem futuri sæculi, soluta maledictio est. Mors per Evam, vita per Mariam. Ideoque et ditius virginitatis donum fluxit in feminas, quia cœpit a femina». Ep. XXII, ML 22, col. 408.

(32) «... Ut quod David fuerat repromissum, per Sanctam Mariam nobis restitueretur... Memor fuit diabolus pristinæ artis, quæ Adam aliquando decepit per mulierem; ita et nunc appetit per uxorem, æstimans quod semper viros possit per mulierem decipere, non considerans quia unus per mulierem deiectus est, et nunc per mulierem totus mundus salvatus est. In mente tibi venit Eva, sed considera Mariam: illa nos eiecit ex paradiso, ista reducit ad cælum. Opera, Analecta Maredsolana vol. 3, p. 92.

po de Hipona, que murió el año 430. Nos contentaremos con exponer su ideología que culmina con la afirmación categórica: La Virgen es nuestra Madre espiritual, es la madre de los miembros de Cristo, es Madre nuestra porque nos incorpora a Cristo. Por primera vez se llama a la Virgen «Madre espiritual de los miembros de Cristo».

La función vivificadora y salvadora de esta maternidad se concretiza más:

Había que salvar los dos sexos, los hombres y las mujeres. «Acá viene un gran misterio, para que la vida nos naciera por una mujer, porque por una mujer nos había venido la muerte; para que fuera atormentado el diablo vencido por una y otra naturaleza, es decir, la femenina y la masculina, porque se alegraba de la subversión de ambas; para el cual hubiera sido de poca pena si ambas naturalezas fueran libertadas en nosotros si no fuéramos también libertados por medio de ambas» (33).

El desarrollo de esta idea en el Sermón de la concordia de los Evangelistas en las genealogías del Señor hace referencia a la Encarnación. En ella y por Ella la Madre de Dios coopera en la economía de nuestra salvación y vivificación:

«Pero nacido de mujer debió mostrarnos algo de misterioso... Pero eso nos manifiesta para que la naturaleza humana no desespere en ningún sexo. Porque el sexo humano es de hombres y de mujeres... Uno y otro sexo vea su honor, uno y otro confiese su iniquidad, y uno y otro espere la salvación. Al hombre que había de ser engañado le fue propinado el veneno por una mujer: al hombre que ha de ser reparado désele la salvación por medio de una mujer. Compense la mujer el

(33) «Dominus autem Jesus Christus, qui venerat ad homines liberandos, in quibus et mares et feminæ pertinent ad salutem, nec mares fastidivit, quia marem suscepit; nec feminas, quia de femina natus est. Huc accedit magnum sacramentum, ut quoniam per feminam nobis mors acciderat, vita nobis per feminam nasceretur; ut de utraque natura id est feminina et masculina, victus diabolus cruciaretur, quoniam de ambarum subversione lætabatur; cui parum fuerat ad pœnam si ambæ naturæ in nobis liberentur, nisi etiam per ambas liberaremur». De Agone Christiano, ML 40, col. 303.

pecado del hombre engañado por ella, engendrando a Cristo» (34).

La generación temporal de Jesucristo explica la función salvadora de la Virgen porque nos salva, nos vivifica en Cristo:

«Aquella nuestra primera caída tuvo lugar, cuando la mujer por quien fuimos muertos concibió en su corazón el veneno de la serpiente. Porque le persuadió el pecado la serpiente, y fue admitida la que aconsejaba el mal. Si nuestra primera caída tuvo lugar cuando la mujer concibió en su corazón el veneno de la serpiente, no es de admirar que se haya efectuado nuestra salvación cuando la mujer concibió en su seno la carne del omnipotente. Ambos sexos habían caído y ambos tenían que ser reparados. Por una mujer habíamos sido enviados a la muerte, por una mujer nos es devuelta la salvación» (35).

Pero la función maternal vivificadora de la Virgen es corporal y física con respecto a Jesucristo, y es espiritual con respecto a nosotros. Es nuestra Madre espiritual, pero verdaderamente madre nuestra. Toda la explicación nos la da el principio de nuestra incorporación en Jesucristo por medio de María, y su maternidad espiritual es verdadera y perfecta maternidad:

(34) «Sed natus de femina, ostendere nobis debuit magni aliquid sacramenti... Sed hoc nobis ostendit, ut scilicet in nullo sexu de se desperaret humana creatura. Sexus enim humanum marium est et feminarum... Uterque sexus videat honorem suum, et uterque confiteatur iniquitatem suam, et uterque speret salutem. Decipiendo homini propinatum est venenum per feminam: reparando homini propinetur salus per feminam. Compenset femina decepti per se hominis peccatum, generando Christum». Serm. LI, (De concordia Evangelistarum Mathæi et Lucæ in generationibus Domini). Cap. II, (Christus de femina nasci cur voluerit, per feminam venenum, per feminam salus) ML. 38, p. 334-335.

(35) «Primus ille noster casus fuit, quando femina per quam mortui sumus, in corde concepit venenum serpentis. Persuasit enim serpens peccatum, et admissus est male suadens. Si primus noster casus fuit, cum femina concepit corde venena serpentis; non mirandum quod salus nostra facta est, cum femina concepit in utero carnem Omnipotentis. Uterque ceciderat sexus, uterque fuerat reparandus. Per mulierem in interitum missi eramus, per mulierem nobis reddita est salus». Sermo 289, (In natali Joannis Baptistæ, II) ML 38, col. 1308.

«Y por esto aquella mujer única, no sólo en espíritu sino también según el cuerpo es madre y es virgen. Y madre en verdad en espíritu, no de nuestra cabeza que es el Salvador mismo, de quien más bien ella nació espiritualmente, porque todos los que creyeren en él, entre los cuales está también ella, con razón se llaman hijos del esposo (Mat. 9, 15): pero verdaderamente madre (madre en espíritu) de sus miembros que somos nosotros porque cooperó con su caridad para que nacieran los fieles en la Iglesia, que son los miembros de aquella cabeza; en cambio según el cuerpo es madre de la misma cabeza» (36).

En el pasaje citado se afirma una doble maternidad verdadera de «aquella mujer única», la Santísima Virgen, madre en espíritu de los miembros, según el cuerpo madre de la cabeza. En efecto dada la contraposición de estas maternidades, divina y espiritual («*Mater quidem spiritu... sed plane mater membrorum eius...*, *Corpore vero ipsius capitis mater*»), se afirma

a) que según el cuerpo es verdadera Madre de la cabeza, Jesucristo, b) que según el espíritu es verdadera Madre, no de la cabeza, de los fieles.

La realidad de la Maternidad Espiritual, maternidad de generación, se expresa en el paréntesis explicativo que S. Agustín inserta en el texto: —«No es *madre espiritual* de nuestra cabeza, de quien más bien ella *nació* espiritualmente—. Luego la maternidad espiritual trae necesariamente un nacimiento espiritual de los hijos, pues es verdadera generación. En otras palabras, según San Agustín, nuestra cabeza, Jesucristo, es padre (principio generativo) en espíritu de la Santísima Virgen, puesto que ella nació espiritualmente de esta cabeza. Esto nos indica claramente que la Maternidad Espiritual es maternidad de generación a la cual corresponde el nacimiento espiritual de los miembros de Cristo.

(36) «Hac per hoc illa una femina (Maria), non solum spiritu, verum etiam corpore, et mater est et virgo. Et mater quidem spiritu, non capitis nostri, quod est ipse Salvator, ex quo magis illa spiritualiter nata est; quia omnes qui in eum crediderint, in quibus et ipsa est, recte filii sponsi appellantur (Mat. 9, 15): sed plane mater membrorum eius, quod nos sumus; quia cooperata est caritate ut fideles in Ecclesia nascerentur, illius capitis membra sunt: corpore vero ipsius capitis mater». De Sancta Virginitate, cap. VI M.L. 40, col. 399, et cfr. S. Pío X. e.c.

Por consiguiente, la Virgen es Madre Espiritual con respecto a nosotros, es la Madre de los miembros de Cristo.

Este pasaje tan fecundo para la Maternidad Espiritual fue consagrado por la autoridad de S. Pío X en su encíclica «ad diem illum:»

«Unde spiritali quidem ratione ac mystica, et Mariæ filii nos dicimur, et ipsa omnium nostrum mater est. «Mater quidem spiritu, sed plane mater membrorum Christi quod nos sumus. Si igitur Dei simul atque hominum *parens* est » (ASS. 36, p. 452-453).

y completa con nuevos matices la concepción magnífica de San Ireneo.

San Agustín nos ahorra el trabajo de sacar la conclusión que se deduce evidentemente de esta Maternidad Espiritual, maternidad propia y de generación: ¡Vosotros pertenecéis al parto de la Virgen!

«¿Cómo que no pertenecéis al parto de la Virgen (María), cuando sois los miembros de Cristo? María dio a luz vuestra cabeza, a vosotros (os da a luz) la Iglesia. Porque ella también es madre y es virgen: madre con entrañas de caridad, virgen con integridad de fe y piedad. Da a luz a los pueblos, pero son miembros de uno, de quien ella es cuerpo y esposa, teniendo también en esto semejanza con aquella Virgen, porque es madre de la unidad en muchos» (37).

(37) «Quomodo autem non ad partum Virginis Mariæ pertinetis, quando Christi membra estis? Caput vestrum peperit Maria, vos Ecclesia. Nam ipsa quoque et mater et virgo est: mater visceribus caritatis, virgo integritate fidei et pietatis. Populos parit, sed unius membra sunt, cuius ipsa est corpus et coniux, etiam in hoc similitudinem gerens illius virginis, quia et in multis mater est unitatis». Sermo 192, In Natali Dni. IX cap. II ML. 38, col. 1012-1013. (Cf. Jo. Evang. Tract. 21, n. 8, ML 35, 1568).

«Hæc est quæ sola meruit mater et sponsa vocari, hæc primæ matris damna resolvit, hæc homini perduto redemptionem adduxit. Mater enim generis nostri poenam intulit mundo; Genitrix Domini nostri salutem edidit mundo. Auctrix peccati Eva; auctrix meriti Maria. Eva occidendo obfuit, Maria vivificando profuit. Illa percussit; ista sanavit. Hæc enim mirabili atque inæstimabili modo omnium rerum et suum peperit Salvatorem». Sermo 208, ML 39, 2130. Es *dudosa la autenticidad* de este sermón. Cf. Keuppens, Mariologiæ Compendium, p. 174, n. 100. Es un sermón *espurio*, Cf. Eligium Dekkers, Clavis Patrum latinorum, Brugis, 1951, p. 69 se trata de un sermón de Ambrosio Avtpterti. (Cf. In Jo. Evang. Tract. 21, n. 8, ML 35, 1568).

Este párrafo podría tal vez suscitar una dificultad: ¿No es la Iglesia nuestra madre espiritual, y no la Virgen María?, pero es solamente una aparente dificultad. El hecho de que la Santísima Virgen es el prototipo de la Iglesia explica por qué San Agustín se complace en descender del ejemplar al ejemplado, de la realidad perfecta a la imagen cabal, y en este texto —como en otras ocasiones—, pasa el Santo a considerar cómo la Iglesia es una semejanza de la Virgen, una imagen por ser madre y virgen. Esto no excluye sino confirma lo antes declarado, no es una dificultad sino una prueba más. Porque María es Madre nuestra y nos da a luz (parit), por eso la Iglesia es nuestra Madre también, *«teniendo también en esto (La Iglesia) una semejanza con aquella Virgen que es la Madre de la Unidad en muchos»*.

Sintetizando ya el pensamiento de San Agustín encontramos la actividad soteriológica, maternal, de la Virgen en la Encarnación-redentiva, basada en el principio de incorporación en Jesucristo, y podemos concluir:

1o La Santísima Virgen coopera en la economía de nuestra salvación, y coopera en ella engendrando a Cristo.

2o. Al concebir a Jesucristo nos salva, nos vivifica.

3o. Ella es pues nuestra Madre Espiritual, madre en espíritu de los miembros de Cristo, con una maternidad verdaderísima que nos da a luz, nos hace nacer espiritualmente, sobrenaturalmente, y así nosotros pertenecemos al parto de la Virgen.

San Cirilo de Alejandría murió el año 444 y en su homilía IV pronunciaba en Efeso, «Sermón en alabanza de la Madre de Dios» encontramos varias afirmaciones sobre la mediación de la Santísima Virgen, mediación también soteriológica y maternal, que se extiende hasta nuestra actual vivificación en el bautismo y a la consumación de la «economía» en el cielo. Este sermón mariano es uno de los sermones más célebres de la antigüedad. Aquí el gran defensor de la Maternidad divina al menos implícitamente alude a la Maternidad Espiritual en sus funciones maternas:

«Te saludamos, oh Madre de Dios, María, venerando tesoro de toda la tierra..., Madre y Virgen... Salve (Madre de Dios) por la que se celebra la cruz y se la adora en toda

la tierra; por la cual (Madre de Dios) exulta el cielo, por quien se alegran los Angeles y los Arcángeles; por quien se fugan los demonios, por quien el diablo tentador cayó del cielo, *por quien la creatura caída es asumida al cielo*; por quien toda creatura detenida por la idolatría viene al reconocimiento de la verdad (ha venido al...); por quien (el) bautismo santo se hace para los fieles (di' es bápisma ágion gínetai tois pisteúousi); por quien el óleo de la exultación; por quien han sido fundadas las iglesias en toda la tierra; por quien las gentes son traídas a penitencia. ¿Y para qué decir más (muchas cosas)? Por quien el Unigénito Hijo de Dios resplandeció (como) luz para los que estaban en tinieblas y sombra de muerte. Por la cual (Madre de Dios) profetizaron los profetas, por quien los apóstoles han perdicado la salvación a los gentiles; por quien resucitan los muertos; por quien reinan los reyes, por la Trinidad Santa» (38).

Hemos visto cómo los Padres Griegos ponen la recapitulación como base de la Maternidad Espiritual. El Hijo de Dios en el seno de la Virgen recapitula en sí la humanidad para salvarla. Es pues necesario que el seno virginal encierre al linaje humano, y por esto al concebir a Jesucristo con El y en El concebía a la humanidad entera, quedando en la Encarnación constituida Madre espiritual de los hombres todos.

Pues bien, San Cirilo de Alejandría en su obra «Contra las blasfemias de Nestorio», escribe:

«Como (Cristo) se hubiera apropiado un cuerpo tomado de mujer y hubiese sido engendrado de Ella según la carne, recapituló en sí (por sí) la generación del hombre» (39).

Y antes había dicho:

«Afirmamos pues también nosotros... que el Unigénito, el que es (está) en el seno del Padre... se hizo hombre económicamente (oikonomikos), hecho semejante a los hermanos en todo por el (hecho de) participar de modo semejante (omoíōs) de la sangre y de la carne; así, con nosotros y como nosotros se sometió a la generación..., a fin de que engendrado de mu-

(38) M.G. 77, 992.

(39) Adversus Nestorii blasphemias, lib. I, cap. I, n. 9, MG. 76, col.

jer según la carne recapitulase en sí el linaje humano... y por la carne a él unida encerrase a todos dentro de sí» (40).

La recapitulación, la economía, el misterio son términos paulinos (Eph. 1, 7-10; 3, 2-9) que indican la base de la Maternidad Espiritual que estamos estudiando. San Ireneo llamó a la Virgen «Madre de la recapitulación», *S. Teódoto de Ancira* († antes del 446) la llama Madre de la economía, pues dice: «Dios... eligió el parto virginal como inauguración de la economía» (41), y *S. Proclo* —que fue secretario y después sucesor de S. Juan Crisóstomo en la sede de Constantinopla († 446) la llama Madre del misterio de la economía, al decir: «Este Misterio de la Economía divina llevólo el seno virginal» (42).

El fruto de la generación virginal es pues la recapitulación, la economía, el misterio. Esta generación virginal del Hijo de Dios que se hace hombre es a un mismo tiempo maternidad divina y maternidad espiritual, y María es a su vez Madre de Dios y Madre de los hombres en Cristo. Al concebir a Jesús nos concibió a nosotros en El y con El, al llevarle en su seno nos llevó a nosotros, al salir El de su seno salimos con El nosotros recapitulados en El, incorporados a El por la acción propiamente maternal de María, la generación virginal (43). Este pensamiento lo resume así S. Alberto Magno (*Mariale*, q. 179):

«Unum filium carnalem genuit (Maria), in quo omnes filios spiritualiter regeneravit».

San Pedro Crisólogo en varios de sus sermones (auténticos) habla de la Santísima Virgen y toca directamente su Maternidad Espiritual. Fue Obispo de Ravena y murió hacia el año 450.

Explicando las palabras del Angel en la Anunciación «Bendita tú entre las mujeres» dice así en su Sermón 140:

«Y añadió el Angel convenientemente: «Bendita tú entre las mujeres». Porque (en las mujeres) en quienes Eva la mal-

(40) Ibid. col. 16-17.

(41) MG. 77, col. 1351-1352, et cf. ibid. 1393-1394: «**María es Madre de la Economía**».

(42) MG. 66, col. 707-708.

(43) Cf. José M. Bover S.J. *La Maternidad Espiritual de María en los Padres Griegos*, Estudios Marianos VII (1948) p. 98-100.

dita castigaba las entrañas (i.e. las castigaba en el parto), en ellas se goza María, la bendita, y es honrada y estimada por ellas. Y ahora ha sido hecha verdaderamente MADRE DE LOS VIVIENTES por la gracia la que había sido por naturaleza madre de los que mueren» (44).

Que es decir, en la Encarnación María viene a ser verdaderamente Madre Espiritual, Madre de los vivientes por la gracia. La fórmula es clarísima. En el texto citado, como en otros muchos, el Crisólogo personifica a Eva en María al actuar ésta como Madre Espiritual y segunda Eva reedificando la ruina que Eva había causado. Así, valiéndose de este modo de expresarse dice que «la que había sido por naturaleza madre de los que mueren, es ahora (en la Encarnación) madre de los vivientes por la gracia. María es pues nuestra Madre Espiritual.

En este mismo Sermón comenta y admira la Maternidad divina y dice:

«... una niña así acoge en su pecho a Dios, lo recibe, lo hospeda, que exija por la pensión misma de la casa y por (paga) precio de su mismo seno, paz a la tierra, a los cielos gloria, salvación para los perdidos, vida para los muertos, parentesco a los habitantes de la tierra para con los del cielo, trato (unión, commercium) del mismo Dios con la carne, y cumpla aquello del profeta: «He aquí que la herencia del Señor son los hijos, precio del fruto de tu vientre» (45).

La Maternidad divina trae consigo, pues, la Maternidad Espiritual, la exige, y la Santísima Virgen al engendrar al Hijo de Dios en su naturaleza humana, en la Encarnación, cum-

(44) «Adiecit congrue (Angelus): BENEDICTA TU IN MULIERIBUS. Quia in quibus Eva maledicta puniebat viscera, tum in illis gaudet, honoratus, suspicitur Maria Benedicta. Et facta est vere nunc Mater viventium per gratiam, quæ mater extitit morientium per naturam». Sermo 140, ML 52, col. 576.

(45) «Quantus sit Deus satis ignorat ille qui huius Virginis mentem non stupet, animum non miratur: pavet cœlum, tremunt angeli, creatura non sustinet, natura non sufficit, una puella sic Deum in sui pectoris capit, recipit, oblectat hospitio, ut pacem terris, cœlis gloriam, salutem perditis, vitam mortuis, terrenis cum cœlestibus parentelam, ipsius Dei cum carne commercium, pro ipsa domus exigat pensione, pro ipsius uteri mercede conquirat, et impleat illud prophetæ: ECCE HÆREDITAS DOMINI, FILII MERCES FRUCTUS VENTRIS». Ibid. col. 577.

ple la profesia de que los hijos son el don del Señor, el precio del fruto de su vientre.

En el Sermón 64 escribe también:

«(La Santísima Virgen) recibió en sí a la primera mujer, la primera a quien engañó el tentador, (Ella) ahuyenta la perfidia de la mujer..., para que la que fue condescendencia de perdición, esa misma sea ministra de salvación, y sea al fin por Dios Madre de los vivientes la que por el diablo fue madre de los muertos... Esto explica, hermanos, por qué Cristo nace de la mujer...» (46).

La solidaridad, (recibió en sí a la primera mujer), el ser *ministra* de la salvación y Madre de los vivientes por Dios, expresan la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen en el orden sobrenatural.

Esta maternidad la propone también el Crisólogo valiéndose de una metáfora que emplearán también San Juan Damasceno, San Germán de Constantinopla, San Andrés de Creta, es la metáfora del fermento o levadura:

«La mujer recibió de Dios el fermento de la fe, la (mujer) que había recibido del diablo el fermento de la perfidia...; para que la mujer que había corrompido en Adán toda la masa del género humano, toda la masa de nuestra carne la reintegrara en Cristo por el (con el) fermento de la resurrección;

(46) «...Sed mulierem sustinet, mulierem remoratur, mulierem primam suscepit, quam primam suasor infecit; a muliere perfidiam fugat, ad mulierem revocat fidem, ut quæ fuit perditionis obsequium, salutis eadem sit ministra; et sit tandem per Deum viventium mater, quæ per diabolum diu mater extitit mortuorum. Et quia mulier fuerat mali caput, causam mortis agit, ut ante crimen diluat quam veniam largiatur, ante causam tollat quam sententiam solvat; et cavet ne vir mulierem, per quam semel deceptus est, participem refugeret ad vitam; ac ne multis periisset mulier, si ante ad virum Christus Dominus pervenisset. Hinc est, fratres, quod per mulierem nascitur Christus; hinc est quod virum mulier semper ventris sui suscipiat sepulchro, ut doloribus revocet, quem depulit glandimentis, ut flendo repararet quem perdidit manducando. Denique ubi Martha confessa est Christo, et quiquid fuit culpæ in persona mulieris pia confessione delevit, mittitur ad Mariam, quia sine Maria nec fugari mors poterat, nec vita poterat reparari. Veniat Maria, veniat materni nominis bajula, ut videat homo Christum virginalis uteri habitasse secretum, quatenus prodeant ab inferis mortui, mortui exceant de sepulchris». Sermo 64, ML, 52, col. 380.

para que la mujer que había hecho el pan de gemido y dolor, cociera el pan de vida y salvación, y fuera la madre verdadera de todos los vivientes por (medio de) Cristo la que en Adán era madre de todos los muertos. Porque por eso Cristo quiso nacer, para que así como por Eva vino a todos la muerte, así por María volviera a todos la vida. La cual María verifica el tipo de este fermento, lo da a entender, lo realiza, al recibir del cielo el fermento del Verbo, y en su seno virginal fermentó (transformó) la carne humana en toda una masa celestial» (47).

Bellísima explicación alegórica de la Maternidad Espiritual, su fundamento y su actuación. El «fermento de la fe» que la Virgen «recibió de Dios» alude a su consentimiento a la Encarnación, opuesto al de Eva en el paraíso. (Notemos cómo personifica a Eva en María, sin dejar de hacer campear los elementos del paralelismo antitético y dinámico, que nosotros separamos para hacer el análisis). Viene luego la base de la metáfora, o sea, la inclusión o recapitulación o incorporación —como quiera llamarse— de todo el género humano en Adán, en el cual Eva con su fermento de muerte corrompió a todos sus descendientes, y viene luego la antítesis: María, con su fermento de resurrección (de vida) que reintegra a todo el género humano, a todos los hombres, los recapitula en Jesucristo, para que así sea la Madre verdadera de los vivientes en Cristo y por Cristo, como Eva era la madre de los muertos en Adán.

(47) «Mulier accepit a Deo fermentum fidei, quæ acceperat a diabolo perfidiæ fermentum; abscondit in mensururis tribus, hoc est in tribus hominum temporibus quod est ab Adam usque ad Noe, a Noe usque ad Moysen, a Moyse usque ad Christum; ut mulier quæ corruerat fermento mortis in Adam totam massam generis humani, fermento resurrectionis totam carnis nostræ massam redintegraret in Christo; ut mulier quæ confecerat panem gemitus et sudoris, panem vitæ coqueret et salutis; *et esset omnium viventium mater vera per Christum* quæ erat in Adam mater omnium mortuorum. Ob hoc namque Christus nasci voluit, ut sicut per Evam venit ad omnes mors, ita per Mariam rediret omnibus vita. Quæ Maria hujus fermenti implet typum, similitudinem præfert, consignat figuram dum de supernis suscipit fermentum Verbi, et humanam carnem in alvo Virginis cœlestem totam conspersit in massam». Sermon 99, ML 52 col. 478-479.

N.B.: Sobre el sentido de la «Metáfora del fermento» cf. José M. Bover S.J. La Maternidad.

Precisamente para que la vida volviera a todos los hombres *por* María, y fuera principio de vida, principio vivificador, quiso el Verbo de Dios Cristo nacer de Ella. María es pues el prototipo del fermento, porque al concebir a Jesucristo, recibe el fermento del Verbo y transforma la carne humana, los hombres, en masa celestial.

Por consiguiente la Maternidad Divina de María es el fermento que nos da la vida, nos transforma y sobrenaturaliza, y la hace nuestra madre verdadera. El fermento del Verbo que Ella recibe es la actuación de su Maternidad divino-espiritual. En otras palabras, la acción propiamente generativa con que Ella interviene en la generación temporal de Jesucristo, es a la vez directamente la acción maternal generativa de los hombres en Cristo, por la incorporación, la recapitulación, la inclusión de ellos en el Salvador, efectuada por su Maternidad Divina.

Por lo tanto, la Maternidad Espiritual es como una prolongación de la Divina, una consecuencia necesaria, un aspecto nuevo de esa Maternidad, que siendo Divina, no puede no ser a un mismo tiempo Maternidad espiritual de los hombres, en el verdadero y genuino sentido de la palabra.

Al Papa *San León I, Magno* (que murió el 461) debemos un precioso documento sobre la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen. Porque al hablar del Nacimiento de nuestro Señor dice que esta fiesta pone ante los ojos la Anunciación, la concepción de Jesucristo, su nacimiento del seno virginal... «Al adorar el Nacimiento de nuestro Salvador, encontramos que nosotros celebramos nuestro propio principio, porque la generación de Cristo es el origen del pueblo cristiano, y el nacimiento de la cabeza es el nacimiento del cuerpo. Aunque cada uno de los llamados tenga su orden, y todos los hijos de la Iglesia sean distintos en la sucesión de los tiempos, todo el conjunto de fieles que brotan de la fuente bautismal, así como son crucificados con Cristo en la Pasión, resucitados en la Resurrección, colocados en la Ascensión a la diestra del Padre, así en esta natividad son coengendrados con Cristo» (48).

(48) «Omnibus quidem diebus, dilectissimi, atque temporibus, animis fidelium divina meditantibus Domini et Salvatoris nostri ex matre Virgine ortus occurrit... Non solum enim in memoriam, sed in conspectum quodammodo redit angeli Gabrielis cum Maria stupente colloquium, et con-

Una vez más aparece el principio de la recapitulación, la incorporación en Jesucristo como el fundamento de la Maternidad Espiritual que es Maternidad de generación. Uno mismo es el principio de Jesús en su nacimiento y el nuestro, y S. León Magno da la razón: porque su generación es el origen de los cristianos, es su co-generación, y el nacimiento de la Cabeza es el nacimiento del cuerpo. El es la Cabeza, nosotros somos el cuerpo. El principio Maternal de ambos es el mismo, no importa la distancia del tiempo ni la categoría de los miembros. María, que es el único principio formalmente generativo en la obra de la Encarnación es a la vez el principio que nos engendra a nosotros. Todos somos engendrados en la generación de Cristo. Por consiguiente la Madre de Dios es la Madre de los cristianos, la Maternidad divina es al mismo tiempo la maternidad espiritual, y la maternidad que tiene como término la Cabeza, tiene también como término el cuerpo, que somos nosotros.

Sedulio (Cælius) publicó sus versos sobre la Santísima Virgen a mediados del siglo V. En una elegía dice:

«Por una sola mujer se abrió la puerta a la muerte y por la que vuelve la vida fue una sola mujer» (49).

Hacia el año 532 moría San Fulgencio, Obispo, quien nos

ceptio de Spiritu Sancto tam mire promissa quam credita. Hodie enim auctor mundi editus est utero virginali, et qui omnes naturas condidit, eius est factus Filius quam creavit....

Quamvis igitur illa infantia quam Filii Dei non est dedignata maestas, in virum perfectum ætatis adiectione provecta sit, et consumato passionis et resurrectionis triumpho, omnes susceptæ pro nobis humilitatis transierint actiones, renovat tamen nobis hodierna festivas nati Iesu ex Maria Virgine sacra primordia; et dum Salvatoris nostri adoramus ortum, invenimur nos nostrum celebrare principium. Generatio enim Christi origo est populi christiani, et natalis capitis natalis est corporis. Habeant licet singuli quique vocatorum ordinem suum, et omnes Ecclesiæ filii temporum sint successione distincti, universa tamen summa fidelium, fonte orta baptismatis, sicut cum Christo in passione crucifixi, in resurrectione resuscitati, in ascensione ad dexteram Patris collocati, ita cum ipso sunt in hac nativitate congeniti». Sermo 26, Nativitate Domini VI, M.L. 54, col. 212-213.

(49) «Cantemus, socii; Domino, cantemus honorem, dulcis amor Christi personet ore pio. Primus ad ima ruit magna de luce superbus, sic homo, cum tumuit, primus ad ima ruit. Unius ob meritum cuncti periere minores, salvantur cuncti unius ob meritum. Sola fuit mulier, patuit qua ianua letho; et quæ vita redit, sola fuit mulier». Cælii Sedulii Elegia, ML. 19, col. 753.

propone su sentir sobre la Maternidad espiritual con unos términos que encontraremos después en otros autores, como San Modesto y San Anselmo. La Santísima Virgen es la engendradora de todas las cosas al engendrar a Jesucristo.

«A la misma Santísima Virgen, futura engendradora del Creador, más aún (engendradora) de todas las cosas, le habló así el Angel Gabriel: «El Espíritu Santo vendrá sobre tí» (50).

Es evidente que el testimonio versa directamente sobre la Maternidad Espiritual, maternidad universal y que San Fulgencio la vincula a la Maternidad Divina; más aún, la misma acción con que engendra a Jesucristo engendra a los hombres. Su Maternidad Divina convierte a la Virgen en la madre universal.

Late oculto entre líneas el principio de recapitulación en Jesucristo, que sirve de base a esta Maternidad espiritual.

Pocos años después (hacia el año 550) pasaba a mejor vida San Román (Romanus Melodus), siro de nacimiento, que en Constantinopla compuso versos elegantísimos y ocupa el primer lugar entre los poetas bizantinos. La Santísima Virgen es un tema frecuente de su poesía y en él explaya la abundancia y la delicadeza de su afecto, poniéndose así al frente de los Padres Griegos en este aspecto.

Para nosotros tiene especial importancia el Himno AKATISTOS (51), de cuya autenticidad tenemos una probabilidad suma, si ya no una certeza plena (52). Su antigüedad es indudable, y por su forma es considerado como una especie de Te-Deum, o himno de acción de gracias, que debía recitarse de pie (de ahí el nombre «non sedens» = akátistos). Tiene 24 estrofas que cantan las glorias y privilegios de la Virgen, y hacen del compositor el autor de una nueva forma de devoción a Ella.

«Ave, (María) por quien acabará la maldición. Ave, levantadora de Adán caído, (Ave, lapsi Adæ revocatio). Ave, re-

(50) «Ad ipsam quoque Beatam Virginem, futuram scilicet creatoris sui, imo omnium rerum genitricem, Gabriel Angelus hoc usus invenitur alloquio: «Spiritus Sanctus superveniet in te...!» Epist. 17, 3, n. 6; ML 65 col. 455.

(51) MG 92, 1305 sq.

(52) Cf. Roschini O.S.M. Mariología 2 I, p. 158.

dención de las lágrimas de Eva... Ave, por quien la creatura es renovada. Ave autora de la renovación espiritual». «Ave, porque tú regeneraste a los concebidos torpemente» (i.e. tu engrendraste de nuevo a los concebidos en pecado original). «Ave tesoro inexhausto de vida».

«Ave, vida del convite místico».

«... Ave, salud de mi alma. Oh Madre que ha de ser honrada con todas las alabanzas...»

De esta maternidad espiritual da testimonio también San Anastasio I, Patriarca de Antioquía, († 599):

«Oh divina y bienaventurada Virgen, escala tendida al cielo, puerta del paraíso, entrada a la incorrupción, unión y enlace de los hombres con Dios» (53).

«Así como por una mujer fue causada la muerte, así fue necesario dispensar la salvación por una mujer. Por medio de aquella (Eva) engañada por el placer fuimos muertos todos, por ésta (María) fuimos vivificados, recibiendo no solamente aquellas cosas de las que habíamos caído, sino mucho mayores y más preciosas, que ni el entendimiento humano puede concebir, ni el ojo puede alcanzar su hermosura, pero ni el oído puede soportarlas» (54).

San Anastasio llama al día de la Anunciación:

«El día natalicio de todo el mundo, puesto que todas y cada una de las cosas, cada una en su orden, fueron puestas en libertad y la deformidad primera recibió armonía (hermosura)» (55).

El día de la Anunciación la Virgen «fue hecha para nosotros vía de salvación, y ascensión a los cielos...» (56).

De una manera un tanto velada aparece la función maternal que nos incorpora a Jesucristo, pues afirma que la Virgen es la unión y enlace de los hombres con Dios, unión que tenemos en Cristo y por Cristo. El día de la Anunciación, cuando entra en acción su Maternidad divina es el día en que todos so-

(53) Sermo de Anuntiatione, MG 89, 1390.

(54) Ibid. 1383.

(55) Ibid. 1383.

(56) Ibid. 1378.

mos engendrados, es nuestro natalicio, día en que acaba nuestra deformidad por la gracia de la Redención que empieza ya, y es que la Anunciación es el día de su Maternidad Espiritual en que comienzan sus funciones maternas para con la humanidad entera.

La Santísima Virgen es además «la dispensadora de la salvación» y es el principio activo de nuestra vivificación, principio verdaderamente maternal pues «por Ella somos vivificados» recibiendo la gracia cristiana más abundante y más preciosa que la antes perdida.

En el siglo VII *San Modesto*, Patriarca de Jerusalén († 634), autor del Sermón que tiene por título «Encomio de la B. Virgen» nos habla así de la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen María:

«El gobernador del mundo, que por Ella (la que lleva a Dios) salvó al género humano del diluvio de la impiedad y del pecado, y lo vivificó» (57).

«En tí fue conservado el género humano y por tí recibió de El (Dios) los dones y bienes celestiales» (58).

«... dones (celestiales) que por medio de Ella fueron dados al género humano» (59).

«Por la cual (Madre de Dios) recibimos la remisión de nuestros pecados, y fuimos redimidos de la tiranía del diablo. Por la cual fuimos recreados místicamente y hechos templos del Espíritu Santo» (60).

María es «la salvación de todos nosotros los cristianos» (61).

Afirmaciones tan sencillas y tan llenas de sentido no requieren comentario alguno: Dios salvó por Ella al género humano, por medio de Ella lo *vivificó*, lo llenó por Ella de dones celestiales. Sólo debemos subrayar una frase: que por Ella fuimos *recreados místicamente* y hechos templos del Espíritu San-

(57) MG. 86, (2) col. 3287.

(58) Ibid. 3306.

(59) Ibid. 3299.

(60) Ibid. 3294.

(61) Ibid. 3294.

to; es decir que Ella es principio de la vida sobrenatural de la gracia en nosotros, es pues nuestra Madre Espiritual.

San Sofronio, Obispo de Jerusalén, († 638?) celebra también las glorias de la Virgen:

«Verdaderamente «bendita tú entre las mujeres» porque por tí encuentran la salvación tus progenitores, puesto que tú vas a engendrar al Salvador que les dará la salvación divina» (62).

Y antes había dicho:

«Verdaderamente «bendita tú entre las mujeres» porque cambiaste en bendición la maldición de Eva; porque hiciste que Adán... por tí fuera bendecido» (63).

«La Santísima Virgen es la «fuente de misericordia» (64) y «único auxilio de los hombres» (65).

En cambio *S. Juan Obispo de Tesalónica*, que murió poco después de S. Sofronio, hacia el año 649, explícitamente enseña la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen, y su testimonio es de especial importancia porque remonta esta doctrina hasta los tiempos apostólicos, ya que afirma que los fieles y los apóstoles la llamaban Madre de todos los que se salvan.

El P. Jugie editó íntegra la Homilía en la dormición de la Virgen (*Patrología Orientalis*, t. 19, 344-438), y el mismo autor escribe sobre la doctrina en ella contenida:

«Pone (S. Juan de Tesalónica) de relieve la ternura maternal de su Corazón para con los hombres, y su papel de Mediadora Universal. Los apóstoles y los fieles que la rodean en sus últimos momentos la llaman *Madre suya*. Cuando (ellos) llegan a su casa, los once la saludan con estas palabras: «Bienaventurada María, Madre de todos los que se salvan, la gracia sea contigo...» San Pedro en su discurso dice de Ella: «La luz de su lámpara llena toda la tierra y no se extinguirá hasta la consumación del siglo, afin de que todos los que

(62) MG. 87, 3241.

(63) Ibid.

(64) Anacreont. MG. 87, 3846.

(65) Ibid. 2855.

quieren salvarse reciban de Ella valor y confianza». Además declara a la Virgen «la esperanza de todos nosotros» (66).

El estimonio de S. Juan de Tesalónica tiene más peso, porque en la piedad bizantina de su tiempo más frecuentemente se le llama a María con el nombre de Señora y Reina. El en cambio acentúa esta piedad *filial*, y deriva esta piedad de la doctrina misma de la Maternidad Espiritual vivida por los Apóstoles y por los fieles de los tiempos de la Virgen.

San Germán Obispo de Constantinopla († 733) da tales títulos a la Santísima Virgen que manifiestan la ternura y delicadeza de sus cuidados maternales para con nosotros sus hijos:

«Pero Tú, oh castísima y óptima y misericordiosísima Señora, eres el consuelo de los cristianos, aptísimo refugio de los pecadores, no nos dejes destituídos de auxilio. Porque si tú nos dejas, a ¿quién iremos? ¿Qué será de nosotros, oh Santísima Madre de Dios, que eres el espíritu y la respiración de los cristianos?... Protégenos con las alas de tu bondad, sé nuestro amparo con tus intercesiones, dándonos la vida eterna, tú que eres la esperanza de los cristianos... Porque tu magnificencia sencillamente no tiene fin, tu socorro es insaciable. Tus favores son sin número. Porque ninguno consigue la salvación sino por tí, oh santísima. No hay ninguno que sea libre de los males sino por tí... No hay ninguno a quien se dé por misericordia el don de la gracia, si no es por tí ¿Quién como tú... cuida del género humano?» (67).

«Si tú no fueras delante, ninguno se haría espiritual... Ninguno ha sido lleno del conocimiento de Dios, sino por tí... Ninguno ha sido salvado sino por tí, oh Madre de Dios...; Ninguno ha sido redimido, sino por tí, Madre de Dios» (68).

Quedan pues de manifiesto los oficios maternales de la Virgen María, Corredentora y Mediadora nuestra, precisamente porque es nuestra Madre. Esto se colige de la metáfora del fermento que explicamos al hablar de S. Pedro Crisólogo. San Germán la expresa así:

(66) Homílie sur la Dormition de la Sainte Vierge, Cf. Jugie AA., Jean de Thessalonique (Saint) D.T.C. VIII, col. 824.

(67) Concio in S. Mariam Zonam. MG 98, col. 377.

(68) Oratio II in Dormitione MG 98, col. 350.

«(Tú eres) el fermento de la reformatión de Adán, tú la liberación del oprobio de Eva». (69)

Por esta razón la Virgen es «La *unidora* de los antes separados» (70), y por consiguiente, «La autora de salvación» (71), y «el propiciatorio común de todos los cristianos» (72).

Es que en la Encarnación-redentiva, al incoarse la redención, Ella recapitula a todos los hombres en Cristo para redimirlos con El, mediante su actuación maternal divino-espiritual, basada en el principio soteriológico de la recapitulación.

Como San Germán, *San Andrés Obispo de Creta* († 740) propone también la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen:

«Salve, santa levadura divinamente consagrada, con la cual fermentó toda la masa del humano linaje, que heñida en panes (formados) del cuerpo único de Cristo, se fusionó en una maravillosa amalgama» (73).

Y en otro lugar dice:

«Bendita tú entre las mujeres, espiritual Belén,... casa del pan de vida... Porque habitando en tí como él se sabe, y amasado sin amalgamarse con nuestra masa, hizo que fermentara para sí Adán entero, para que se hiciese pan vivo y celeste» (74).

En el caso presente el fermento o levadura es a la vez María y Cristo. «Es la carne que tomada de María pasa a ser carne de Cristo; carne por tanto de Cristo y de María; la cual, como metida en la gran masa de la humanidad, que en sí concentraba y recapitulaba, sirvió de levadura para fermentarla y renovarla. La recapitulación era condición previa de la fermentación o renovación humana. Sin metáforas, la reparación hu-

(69) Ibid. col. 347-348.

(70) In Præsent. Deip. II MG 98, 321.

(71) In Præsent. Deip. I, MG. 98 col. 300.

(72) In Anuntiat. MG. 98, col. 330.

(73) M.G. 97, col. 895-896.

(74) M.G. 97, col. 867-868.

mana es fruto de la maternidad de María» (75). Maternidad divino-espiritual. Convencido de esta Maternidad Espiritual exclama S. Andrés de Creta:

¡«Oh subministradora de vida, y vida de los vivientes, y autora de vida...!»

La Maternidad divino-espiritual la hace:

«(el) propiciatorio... que con el advenimiento místico de Jesús, expiará nuestros pecados» (76).

Y Ella es «la oficina de reconciliación»:

«Se propone (a los hombres) esta oficina común de reconciliación; reconciliaos todos con Dios» (77). «La célebre oficina de los contratos divinos con los hombres» (78).

Así aparece clara la doctrina de la Maternidad Espiritual, maternidad real y verdadera, principio de vida, y vida de los vivientes, y autora de nuestra vida. Madre espiritual al ser y por ser Madre de Dios.

(75) J. M. Bover, S.J., *La Maternidad Espiritual en los Padres Griegos*. Estudios Marianos vol. VII, (1948) p. 102 y 103.

NB: Convendría añadir al texto el documento siguiente de San Andrés de Creta:

«Verdaderamente bendita eres tú, cuyo SENO ES MONTÓN DE (TRIGO EN) LA ERA, porque sin ser sembrada ni cultivada, sazonest el fruto de bendición, la espiga de la inmortalidad, Cristo, trayendo al labrador de nuestra salud una mies copiosísima, cien veces centuplicada, millares de hombres gozosos». M.G. 97, col. 897-898.

La metáfora del montón de trigo, la espiga, la mies, en el seno de la Virgen, nacida en este campo virginal, significa que su seno encerraba en sí toda la humanidad, todos los hombres redimidos. Es una manera de fundamentar la maternidad espiritual en la recapitulación de los hombres en Cristo al iniciarse la obra de la redención en la encarnación. María al concebir a Cristo concibe a todos los hombres, a millares de hombres gozosos que reciben la vida, la salvación, y con esa función soteriológica, para que reciban la vida, la salvación, la redención. La Maternidad divina aparece vinculada a la Maternidad espiritual, esta es una prolongación, como decíamos antes, es su plenitud, pues la Maternidad divina es a un mismo tiempo maternidad espiritual de todos los hombres.

(76) Oratio III in Dormit. M.G. 97, 1106.

(77) Ibid. 1095.

(78) Or. I, in Dormit. M.G. 97, col. 1067.

De esta Maternidad Espiritual da también testimonio San Juan Damasceno († 749) en esta súplica a María:

«Quédate con nosotros, consolación nuestra, un consuelo para cada uno en la tierra. No nos dejes *huérfanos*, madre de aquel Hijo benigno y misericordioso por cuya causa estamos en peligro».

Después aduce a la Virgen hablando con su Hijo al morir:

«Sé el consuelo de mis amadísimos hijos por mi traslación, a quienes tú no dudaste en llamar tus hermanos» (79).

Por Ella «fue expulsada la muerte, y la vida fue importada» (80).

Se conserva una Historia de los Maniqueos del siglo IX, atribuída a Pedro de Sicilia, y en ella se narra un caso interesante, que da estimonio directo de la Maternidad Espiritual de la Virgen María:

El Patriarca de Constantinopla le preguntó a un tal Timoteo sospechoso de herejía: ¿Por qué, tú no honras y veneras a la Santa Madre de Dios?». A lo cual replicó Timoteo: «Anatema al que no venera a la Santísima Madre de Dios en quien entró Nuestro Señor Jesucristo, la Madre de todos nosotros!» (81).

La función vivificadora de la Santísima Virgen, que la hace Madre nuestra en el orden sobrenatural la expone también *San Pedro Damiano* († 1072):

«Porque por esta Santísima Virgen no sólo se devuelve a los hombres la vida antes perdida, sino que también se aumenta la felicidad de la sublimidad angélica, porque al ser llevado el hombre nuevamente a los cielos, se repara su número que había sido disminuído».

Y poco después añade:

«En la plenitud de los tiempos vino la que fue llena de gracia: «Ave, dice el Angel, llena de gracia, el señor es contigo, bendita tú entre las mujeres»... Bendita tú entre las mujeres. Por la mujer la maldición fue infundida a la tierra,

(79) Hom. II in Dormitionem Beatæ Mariæ Virginis M.G. 96, 736.

(80) Ibid. 746.

(81) M.G. 104, 1284. Cf. etiam Mariam Studies vol. III, p. 153.

por la mujer es devuelta la bendición a la tierra. Por la mano de quien da la bebida en la muerte amarga, por esa también, se presenta la copa de la dulce vida. El efluvio inmenso de la nueva bendición limpió el contagio de la maldición antigua» (82).

Termina el Santo con esta plegaria:

«Te rogamus, oh clementísima, Madre de la misma piedad y misericordia, que los que en la tierra nos gozamos de repetir tus alabanzas, merezcamos tener en el cielo el auxilio de tu intercesión, hasta que así como el Hijo de Dios por tí se dignó descender a nosotros, así también nosotros por tí podamos llegar a su compañía» (83).

En este siglo la Liturgia de la Iglesia comienza a reflejar la Maternidad Espiritual de la Virgen por medio de los himnos ALMA REDEMPTORIS MATER, AVE MARIS STELLA, y la SALVE REGINA, todos ellos datan de fines del siglo XI. En la Salve, María es saludada expresamente como madre nuestra: «Dios te salve reina y madre de misericordia, vida... nuestra» Ella es Reina y Madre *nuestra*, vida, dulzura y esperanza *nuestra*; por eso le suplicamos: «vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos» porque es nuestra madre misericordiosa. En el

(82) «Nec mirum, si cunctorum merita transcendat mortalium, quæ et ipsa superexcedit celsitudinem angelorum.

Per hanc enim beatissimam Virginem, non solum amissa olim vita hominibus redditur, sed etiam beatitudo angelicæ sublimitatis augetur, quia, dum homo ad superna reducitur, illorum numerus, qui diminutus fuerat reparatur»....

«In plenitudine temporis venit, quæ gratia plena fuit: «AVE» inquit angelus «GRATIA PLENA, DOMINUS TECUM, BENEDICTA TU IN MULIERIBUS (Lc. I)...» Benedicta tu in mulieribus». Per mulierem infusa est maledictio terræ, per mulierem redditur benedictio terræ. Per cuius manum potus mortis amaræ porrigitur, per eam quoque dulcis vitæ poculum exhibetur. Largissimum benedictionis novæ fluentum totum detersit, maledictionis antiquæ contagium». Sermo 46, Homilia in Navitate Virginis Mariæ, ML 144, col. 752 y 758.

(83) «Rogamus te, clementissima, ipsius pietatis et misericordiæ Mater, ut qui tuæ laudis insignia frequentare gaudemus in terris, tuæ intercessionis auxilium habere mereamur in cælis; quatenus sicut per te Dei Filius dignatus est ad nostra descendere, ita et nos per te ad eius valeamus consortium pervenire. Qui cum Patre et Spiritu Sancto vivit et gloriatur per infinita sæcula sæculorum. Amen». Ibid, col. 761.

himno Ave, Maris Stella le decimos: Muestra que eres Madre. (84).

La invocación a la Virgen María como a Madre nuestra se hace cada vez más común, y la devoción filial se presenta con más pujanza en los escritos de estos tiempos. Así San Anselmo († 1109) exalta la singularidad trascendente de María: «Nada es igual a María, nada (nadie) sino Dios es mayor que María», y al hablar de la Maternidad divina suave y naturalmente pasa a considerar la Maternidad espiritual con algunas expresiones que recuerdan las frases típicas de San Modesto de Jerusalén:

«Toda naturaleza ha sido creada por Dios, y Dios ha nacido de María. Dios creó todas las cosas, y María engendró a Dios. Dios que hizo todas las cosas, El mismo se hizo de (ex) María; y así rehizo todo lo que había hecho. El que pudo hacer todas las cosas de la nada, no quiso rehacer esas cosas violadas, profanadas, sin María. Dios pues es el Padre de las cosas creadas, y María (es) la Madre de las cosas re-creadas. Dios es el Padre de la constitución de todas las cosas, y María la madre de la restitución de todas ellas. Porque Dios engendró a aquél por quien todas las cosas fueron hechas, y María dio a luz a aquél por quien todas fueron salvadas. Dios engendró a aquel sin el cual no hay absolutamente nada, y María dio a luz a aquel sin el cual no hay absolutamente nada bien». (85).

(84) Cfr. *Mariam Studies* vol. III. p. 154.

(85) «Mira res, in quam sublimi contemplor Mariam locatam. Nihil est æquale Mariæ: nihil, nisi Deus, maius Maria Deus Filium suum, quem solum de corde suo æqualem sibi genitum, tanquam seipsum diligebat, ipsum dedit Mariæ: et ex Maria fecit sibi filium, non alium, sed eundem; ut naturaliter esset unus idemque comunis Filius Dei et Mariæ: Omnis natura a Deo est creata, et Deus ex Maria est natus. Deus omnia creavit, et Maria Deum genuit. Deus qui omnia fecit, ipse se ex Maria fecit; et sic omnia quæ fecerat, refecit. Qui potuit omnia de nihilo facere, noluit ea violata sine Maria reficere. Deus igitur est Pater rerum creatarum, et Maria mater rerum recreatarum. Deus est Pater constitutionis omnium, et Maria est mater restitutionis omnium. Deus enim genuit illum, per quem omnia sunt facta; et Maria peperit illum per quem omnia sunt salvata. Deus genuit illum, sine quo penitus nihil est; et Maria peperit illum, sine quo omnino nihil bene est. O vere Dominus tecum, cui dedit Dominus, ut omnis natura tantum tibi deberet secum». Oratio 52, ad B. Virginem Mariam ML 158, col. 956.

La re-creación, la restitución, la salvación nos indican la elevación al orden sobrenatural en la cual la Santísima Virgen interviene e interviene maternalmente. Ella es la MADRE de los seres re-creados, es la Madre de la restitución a la vida nueva, y lo es precisamente porque es Madre de Dios, Madre del Salvador. Queda pues vinculada la Maternidad espiritual a la divina, como hemos explicado en los documentos anteriores.

Pero la Mente de San Anselmo se explicita aún más:

«Luego oh Señora, eres madre de la justificación y de los justificados, eres engendradora de la reconciliación y de los reconciliados, eres la que da a luz la salvación y los salvados. ¡Oh confianza bienaventurada, oh refugio seguro! La Madre de Dios es nuestra Madre... porque si tú, Señora, eres su Madre, ¿acaso no son sus hermanos tus otros hijos?... Porque el que hizo que El mismo fuera participante de nuestra naturaleza por medio de la generación maternal, y que nosotros fuéramos hijos de su Madre por la restitución de la vida, El mismo nos invita a que nos declaremos sus hermanos. Luego nuestro juez es nuestro hermano; el Salvador del mundo es nuestro hermano; finalmente nuestro Dios es hecho por María nuestro hermano. ¡Con qué certeza debemos esperar nosotros, cuya salvación o condenación depende del arbitrio del buen hermano y de la piadosa Madre! ¿Y con qué afecto debemos amar a este Hermano y a esta Madre? ¿Con qué familiaridad nos les entregaremos?... Que la buena Madre ruegue y suplique por nosotros, ella pida y alcance lo que nos conviene. (86).

(86) «Ergo o Domina, mater es iustificationis et iustificatorum, genitrix es reconciliationis et reconciliatorum, parens es salutis et salvatorum. O beata fiducia! o tutum refugium: Mater Dei est Mater nostra; mater eius in quo solo speramus et quem solum timemus, est mater nostra; mater inquam, eius qui solus salvat, solus damnat, est mater nostra.

Sed o benedicta et exaltata non tibi soli, sed et nobis quidem quam magnum, quam amabile est quod video per te evenire nobis, quod videns gaudeo, quod gaudens dicere non audeo. Si enim tu domina es mater eius, nonne et alii filii tui sunt fratres eius? Sed qui fratres, et cuius eius, loquar unde iucundatur cor meum; an silebo, ne de elatione arguatur os meum? Sed quod credo amando, cur non confitebor laudando? Dicam igitur non superbiendo, sed gratias agendo. Qui enim fecit ut ipse per maternam generationem particeps esset naturæ nostræ, et nos per vitæ restitutionem essemus filii matris eius, ipse nos invitat, ut confiteamur nos fratres eius. Ergo iudex noster est frater noster; Salvator mundi est frater noster; denique Deus noster est factus per Mariam frater noster. Qua

igitur certitudine debemus sperare, qua consolatione possumus timere, quorum sive salus, sive damnatio, de boni fratris et piæ matris pendent arbitrio! Quo etiam affectu hunc fratrem et hanc matrem amare debemus? Qua familiaritate nos illis commitemus? Qua securitate ad illos confugiemus? Qua dulcedine confugientes suscipiemur. Bonus igitur frater nobis dimittat quod deliquimus; ipse avertat quod delinquentes meruimus, ipse donet quod pœnitentes petimus. Bona mater oret et exoret pro nobis, ipsa postulet et impetret quod expedit nobis». Ibid. col. 957.

N.B.: Siguen otras frases en que S. Anselmo distingue a Jesucristo de nosotros con respecto a la Maternidad de la S. Virgen: «Ipsa roget filium pro filiis, unigenitum pro adoptatis, Dominum pro servis. Bonus filius audiat Matrem pro fratribus, Unigenitus pro his quos adoptavit, Dominus pro his quos liberavit. O Maria! Quantum tibi debemus, domina mater per quam talem fratrem habemus!» (Ibid). Es evidente que esta adopción y liberación se ha obtenido por medio de la comunicación de la nueva vida, por medio de la regeneración espiritual, por medio de la re-creación, en una palabra, por medio de la gracia llamada de adopción. La Santísima Virgen que es madre físicamente de Jesucristo, es madre espiritual nuestra. Por eso estas frases no contradicen ni desvirtúan las afirmaciones anteriores en que nos presenta la maternidad espiritual con términos de estricta generación: (Mater, Genitrix, Parens), y en que recurre al principio de solidaridad (y recapitulación), solidaridad de naturaleza que la Santísima Virgen comunica a Jesucristo en la Encarnación-rendentiva precisamente por la generación maternal, para que por la restitución de la vida (perdida en nuestros primeros padres) seamos los hijos de su Madre: «ut ipse per maternam generationem particeps esset naturæ nostræ, et nos per vitæ restitutionem essemus filii matris eius». La referencia pues a nosotros como hijos adoptados, hermanos adoptados de Jesucristo, no contradice la maternidad real y verdadera que tiene como término esa nueva vida, que es «justificación», «reconciliación», «salvación», «restitución». Este es el fundamento de tal adopción tan distinta de la humana, que nunca da a los adoptados una nueva vida. María es pues «la Madre de las cosas re-creadas», la Madre de los «justificados», «la engendradora de los reconciliados», «la que da a luz a los salvados», la que es Madre nuestra «por la restitución de la vida» antes perdida. Ella es nuestra mejor Madre: «TU NOSTRA MELIOR MATER» (Ibid. col. 956-958).

Esta explicación se confirma al consultar los textos en que S. Anselmo expone la cooperación de la Santísima Virgen a la obra de la Redención del género humano. (Cf. Roschini, Marilogía 2, tomo I (Roma 1947) p. 219-220.

«O Genitrix vitæ animæ meæ...» Or. 52, ML 158, col. 953, parece referirse a Jesucristo que es vida nuestra.

El párrafo citado es demasiado claro. Decir que la Virgen es Madre de la justificación y de los justificados, equivale a decir que es Madre de Cristo (que es la justificación) y de nosotros. El término *justificación* indica a Jesucristo en cuanto que en El está virtualmente nuestra justificación, y la misión de justificarnos comienza a actuar en el primer instante de la Encarnación, *justificación* significa aquí nuestra propia justificación en Jesucristo, personificada en El, es nuestra gracia en cuanto contenida virtualmente en la gracia capital del Redentor. Lo mismo hay que decir del término «salvación», «restitución», todo lo cual indica y afirma que María al concebir a Jesucristo nos concibió a nosotros, que al ser Madre de El fue al mismo tiempo Madre espiritual nuestra.

Su Maternidad espiritual es verdadera maternidad: es madre de los justificados, es engendradora de los reconciliados, es la que da a luz a los que son salvados.

El mismo principio de solidaridad y de recapitulación está expresado en función de la participación de nuestra naturaleza por parte de Jesucristo, y nuestra filiación de María por la restitución de la vida.

La conclusión nos la da el mismo Santo: La Madre de Dios es nuestra Madre.

Una plena confirmación de esta doctrina la encontramos en su discípulo y compañero, *San Eadmero* de Cantorbery, monje benedictino, famoso por haber defendido explícitamente la Inmaculada Concepción señalando ya varios elementos de suma importancia y trascendencia. Para él la Inmaculada Concepción se debe a un privilegio que Dios otorgó a la Virgen a modo de *preservación*; porque *pudo y quiso* por eso la hizo Inmaculada (87).

En este mismo tratado de la Concepción de la Santísima Virgen da testimonio de la Maternidad Espiritual:

«Oh Señora, si tu Hijo fue hecho por tí hermano nuestro, por ventura no fuiste también tú hecha por El Madre nuestra? Porque El, estando ya para morir en la cruz, dijo a Juan: sí a Juan que en la naturaleza de su condición no

(87) Bulla «Ineffabilis Deus» et Eadmerus, Andreas M. Checchin O.S.M., Maria um VII (1944) p. 97-107.

tenía otra cosa sino a nosotros, diciéndole: «He aquí a tu madre» (Jo. 19, 27). Oh pecador, goza, goza y llénate de alegría; porque no hay por qué desesperes, no tienes que temer, lo que será juzgado de tí todo depende de la sentencia de tu hermano y de tu madre... Tu juez, es decir, tu hermano, te enseñó a acudir al amparo de su madre, y Ella misma (que es) tu Madre te amonesta que estés unido con toda confianza a las alas de su Hijo; y para que no te oprima (el temor de) la justicia, Ella misma te asistirá».

Habla después de la actuación salvadora de la Virgen diciendo:

«Tú, por la dichosa fecundidad de tu parto virginal, redujiste al estado primitivo al género humano desnudo (despojado) de la gloria de la eternidad... Por tí, Señora, recuperamos en tu Hijo la vida perdida... Por tí llegaremos a la gloria eterna, todos los que vamos a llegar (a ella)» (88).

Por lo tanto, si me hicieras partícipe de la salvación eterna, habiéndome librado de las penas merecidas, llenarás de alegría a la curia del reino de los cielos. Por eso, piadosísima

(88) «Noli ergo (Maria), noli propter misericordiam, cuius Mater esse probaris, nobis deesse, quia velle tuum non postponet in salute nostra, qui ut salvemur factus est per te frater noster. O mira operatio conditoris! O immensa consolatio peccatoris! O domina, si filius tuus est factus per te frater noster, nonne et tu per illum facta es mater nostra? Hoc enim iam mortem pro nobis subiturus in cruce dixit Ioanni, utique Ioanni, nec aliud quam nos in natura suæ conditionis habenti: ECCE, inquit, MATER TUA (Io. XIX, 27). O peccator homo, gaude, gaude et exulta; non est enim unde desperes, non est quod formides; quidquid iudicabitur de te, totum pendet ex sententia fratris et matris tuæ. Ne ergo avertas autem cordis tui a consilio illorum. Iudex tuus, videlicet frater tuus, docuit te fugere ad subsidium matris suæ, et ipsa eadem mater tua monuit te protectioni alarum filii sui fiducialiter inhærere, seque tibi, ne eius iustitia gravareris, non negavit affuturam.

Maria, quid dicemus? quali organo vocis, vel quali iubilo cordis exprimemus quantum tibi debemus?... Tu genus humanum æternitatis gloria nudatum, per beatæ fecunditatis tuæ virgineum partum in pristinum statum reduxisti. Tu leges inferni, devicto per mortem filii tui principe mortis, evertisti... Per te, domina, vitam perditam in Unigenito tuo recuperavimus; per te est si quid boni sumus, sive possumus, sive habemus; per te ad æternam gloriam quicumque sumus perventuri pervenimus». Tractatus de Conceptione B. Mariæ Virginis (inter opera spuria S. Anselmi ML 159 col. 315).

Señora Madre, no tengas en (tan) poco la enormidad de mis crímenes, que pospongas a su remisión la magnitud de los gozos de los ángeles que se congratulan de ello» (89).

La mentalidad de su maestro se refleja también en estas afirmaciones sobre la Maternidad Espiritual:

«Luego así como Dios aprestando todas las cosas con su omnipotencia es el Padre y el Señor de todas ellas, así la bienaventurada María, reparándolas todas con sus méritos, es la madre y la señora de ellas» (90).

Este mérito la hace la reparadora del orbe perdido:

«Así pues, qué alabanzas o qué acciones de gracias debe a esta Santísima Virgen no sólo la naturaleza humana sino toda creatura. Porque la pura santidad y la santísima pureza de su piadosísimo pecho, que trasciende toda pureza y santidad de toda creatura, con sublimidad incomparable mereció ser hecha dignísimamente la reparadora del orbe perdido. Por eso, qué de alabanzas le deba con justicia por tan inefable beneficio el mundo reparado por Ella, no es capaz de apreciarlo en manera alguna el corazón de algún viviente en carne mortal» (91).

(89) «Si igitur me a meritis poenis liberatum, æternæ salutis participem feceris, nimium totam curiam regni cœlorum exhilarabis. Quapropter, piissima domina mater, ne parvipendas enormem immanitatem criminum meorum, ut postponas magnitudinem gaudiorum pro remissione illorum congratulantium angelorum». Ibid. col. 317.

(90) «Utique cuncta, quæ Deus bona et utiliter fecit, in eo statu quo condita fuerunt, sicut ostendimus, esse destiterunt, et per hanc beatissimam Virginem in statum pristinum revocata sunt et restituta. Sicut ergo Deus sua potentia parando cuncta Pater est et Dominus omnium, ita beata Maria suis meritis cuncta reparando mater est et domina rerum; Deus enim est Dominus omnium, singula in sua natura propria iussione constituendo; et Maria est domina rerum, singula congenitæ dignitati per illam quam mereuit gratiam restituendo». Liber de Excellentia Virginis Mariæ cap. XI, ML 159, col. 578.

(91) «Quas itaque Laudes quasve gratiarum actiones non solum humana natura, sed omnis creatura huic sanctissimæ Virgini debet. Pura enim sanctitas et sanctissima puritas piissimi pectoris eius, omnem omnis creaturæ puritatem sive sanctitatem transcendens, incomparabili sublimitate hoc promeruit ut reparatrix perditæ orbis dignissime fieret. Unde quid laudis pro tam ineffabili bono ipse per eam reparatus mundus ei iure debeat, cor alicuius sub mortali carne viventis æstimare nullatenus sufficit». Liber de Excellentia Virginis Mariæ, cap. IX, ML 159, col. 573.

La frase: «hoc promeruit ut reparatrix perditionis dignissime fieret», fue consagrada por la autoridad de S. Pío X en su encíclica *Ad Diem Illum*: «Ex hac autem Mariam inter et Christum communione dolorum ac voluntatis, promeruit illa ut reparatrix perditionis dignissime fieret, atque ideo universorum munerum dispensatrix... Ea tamen, quoniam universis sanctitate præstat coniunctioneque cum Christo, atque a Christo adscita in humanæ salutis opus...» (Tondini, *Le Encicliche Mariane*, (Roma 1950) p. 312-314).

La Maternidad Espiritual presenta en S. Eadmero los rasgos siguientes:

- 1o Es Madre nuestra,
- 2o Su Maternidad Espiritual está vinculada con la divina: su Hijo fue hecho por Ella hermano nuestro, pero está basada también en la solidaridad y recapitulación con Cristo en la redención: Por la Virgen recuperamos en su Hijo la vida.
- 3o Por primera vez en los documentos aducidos encontramos la interpretación que los Romanos Pontífices dan al texto de S. Juan, i.e. él nos representaba a todos nosotros.
- 4o El mérito corredentor la hace Madre no sólo de todos los hombres sino también Madre y Señora de todas las cosas.

Por consiguiente S. Eadmero vincula la Maternidad Espiritual directamente con la Maternidad Divina (Tú, por la dichosa fecundidad de tu parto virginal redujiste al estado primitivo al género humano despojado de la gloria de eternidad), y directamente también con la Corredención. Es que la Maternidad Divina es soteriológica, y actúa desde la encarnación hasta el Calvario, y esa Maternidad es también espiritual con respecto a nosotros en esos estadios.

Terminemos nuestro estudio con la doctrina de la Maternidad Espiritual en San Bernardo, el Doctor Mariano († 1153).

a) Una cuestión de palabras.

«Es cierto que S. Bernardo no dice jamás a María: Madre mía», así empezaba un artículo sobre la maternidad espiritual

de María según S. Bernardo, el P. B. Morineau S.M.M. (*Comment la doctrine de la Maternité spirituelle de Marie s'installe dans la théologie mystique de Saint Bernard* en «Bulletin de la Société Française d'Etudes Mariales», a. 1935, p. 121-152).

Permítaseme decir (escribe el P. Gabriele Roschini O.S.M. en su último libro *Il Dottore Mariano Studio sulla dottrina mariana di S. Bernardo di Chiavralle*, 1953, p. 103) que esto no es exacto y que por lo menos necesita precisión. Al menos cuatro veces, en efecto, llama S. Bernardo a la Virgen «Madre de misericordia». La llama cinco veces «Madre». ¿«Madre» de quién? ... Evidentemente, de él, de nosotros, de todos. Y «Madre», añade «de misericordia». Se trata por lo tanto de una cuestión de palabras.

Además, S. Bernardo indudablemente no ha usado jamás en sus escritos el término preciso «Madre mía». Pero de allí no se sigue en efecto que no la haya llamado jamás «Madre mía».

b) La doctrina sobre la Maternidad Espiritual.

Pero sea lo que fuere de la expresión «Madre mía» según San Bernardo, esto es cierto, indiscutible: el Melifluo ha expuesto de un modo amplio, preciso, vigoroso, todo lo que se entiende por una expresión semejante, o sea, toda la doctrina de la maternidad espiritual, sobrenatural de María.

Fundado en S. Ambrosio y San Agustín, que veían en la teoría paulina del cuerpo místico de Cristo el fundamento de la maternidad espiritual de María, S. Bernardo no duda en ir más allá de sus dos columnas y presenta a Jesús como nuestro «hermano» por obra de María. «El es tu hermano, El es de tu misma carne, El ha sufrido todo, a excepción del pecado, para aprender a ser misericordioso. «*Es María la que te ha dado este hermano*» (92). Por lo tanto, Cristo y los cristianos, según el Melifluo, son hermanos. Siendo hermanos, tienen evidentemente una misma Madre: María, la cual siendo físicamente (naturalmente) Madre de Cristo, ha venido a ser espiritualmente (sobrenaturalmente) Madre de todos los cristianos. En otras palabras, generando físicamente (naturalmente) la Cabeza (Cris-

(92) «Frater tuus est et caro tua, factus per omnia absque peccato, ut misericors fieret. Hunc tibi fratrem Maria dedit». In Nativ. B. M. V. n. 7, ML 183, 441.

to), generaba también espiritualmente todos los miembros místicos de Cristo (los cristianos). Aparece cinco veces la Virgen como Madre del Cristo total, Cabeza y miembros, o sea, como Madre Universal.

De que esta Maternidad de María sea la misma para Cristo que para los cristianos, deduce San Bernardo la eficacia de su intercesión por nosotros. Dice: «Como madre del juez y madre de misericordia (ese *de misericordia* está allí evidentemente en lugar de *nuestra*) tratará suplicante y eficazmente los negocios de nuestra salvación» (93).

Se trata por tanto de una «maternidad de gracia» y no de una «maternidad de naturaleza»; de una maternidad sobrenatural y no de una maternidad natural. Puesto lo cual, pocos como el Melifluo, han ilustrado este misterio que supera en dulzura a todos los otros misterios. Es bien conocido el paralelismo antitético entre la primera Eva y la nueva Eva, entre las dos Madres de la humanidad. Vuelto a la primera Eva, el Santo la apostrofa así: «Tú has infectado toda tu posteridad» (94). Vuelto a la «nueva Eva», a María, exclama: ¡«Oh reparadora de los primeros padres, oh vivificadora de sus descendientes!» (95). Así como la primera Eva había dado a Adán «el fruto placentero que escondía la muerte» y que causó la muerte (sobrenaturalmente) de Adán y sus descendientes, así la nueva Eva ha dado al hombre infecto «el fruto de vida» que le ha «restituído la vida» perdida (Ibid).

c) Los tres oficios de la Madre.

María, según el Melifluo, 1) que da la vida (de la gracia) en su misma fuente; 2) tiene cuidado de ella; 3) enseña a vivir. Y ¿no son estos, tal vez, los tres oficios fundamentales de una madre?...

«Por tu medio —exclama el Santo— ha sido restituída la

(93) «Tamquam iudicis Mater, et mater misericordiæ, suppliciter et efficaciter salutis nostræ negotia pertractabit». Serm. I de Assumpt. n. 1, ML 183, 415.

(94) «Veneno pessimo, nequissimo, videlicet vitio totam infecisti posteritatem tuam». Serm. I in festo Omnium Sanctorum, n. 10, ML. 183,458.

(95) «O feminam singulariter venerandam, super omnes feminas admirabilem, parentum reparatricem, posterorum vivificatricem!». Homil. II super Missus est, n. 3, ML 183, 63.

vida a los que la habían perdido» (Serm. IV per l'Assunz., n.8, PL 183, 429).

Nuestra vida es Cristo. Sólo con unirnos a El podríamos vivir su vida divina. Pero lo que une, lo que incorpora a Cristo es María. »(El Señor) —dice el Santo Doctor— te dio a Cristo por medio de María a fin de que fueras salvo de nuevo... Como tú eras indigno de recibirlo, le fue dado a María, a fin de que tú recibieras de Ella todo lo que tienes: siendo Ella madre, generó para tí a Dios» (96).

«Adhiriéndonos a Dios por medio de la Encarnación (operada mediante María), comenzamos a ser un solo espíritu con El» (97). «De la plenitud (de gracia) de El participamos todos» (98). Dios por lo tanto, nos ha dado la vida sobrenatural de la gracia a través de María, Madre nuestra. María —dice escultóricamente el Santo— fue «la inventora de la gracia, la generadora de la vida, la madre de la salvación» (99).

Además de dar la vida de la gracia, María, cual vigilante madre, tiene el cuidado de la misma, o sea que se arreglará maternalmente para conservarla, defenderla, desarrollarla. En efecto, todo lo que en el orden sobrenatural de la gracia, se hace y se puede hacer sólo mediante la gracia actual, todo —como enseña explícitamente el Melifluo, pasa, por voluntad de Dios, a través de las manos de María (100). Ella la Madre de todos, se ha hecho siempre «toda a todos, al sabio y al ignorante... Ella abre a todos el seno de su misericordia» (101). «Toda suave, Ella ofrece a todo el que lo desea, leche y lana» (102). «Le-

(96) «Dedit tibi Christum per Mariam propter sanitatem... Sed quia indignus eras cui donaretur, datum est Mariæ, ut per illam acciperes quidquid haberes: quæ per hoc quod mater est, genuit tibi Deum». Serm. III, in Vigil. Nativ., n. 10 ML 183, 99-100.

(97) «Eius Incarnatione adhærentes Deo, incipiamus unus esse spiritu cum eo». Serm. III, in Annunciat., n. 8 ML 183, 396.

(98) «De ipsa plenitudine accipiant universi». Ibid.

(99) «Benedicta inventrix gratiæ, GENITRIX VITÆ, mater salutis». Serm. II, de Adv., n. 5, ML 183, 43.

(100) «Sic est voluntas eius qui totum nos habere voluit per Mariam». Serm. in Nativ. B.M.V., n. 7, ML 183, 441.

(101) «Omnibus omnia facta est, sapientibus et insipientibus». Serm. in Dom. infraoct. Assump. n. 2, ML 183, 430.

(102) «Tota suavis est, omnibus offerens lac et lanam». (Ibid.).

che y lana» o sea vida y vestido (en el orden sobrenatural, se entiende!).

María, en fin, como cualquier madre digna de este nombre sublime, enseña a vivir a sus hijos y es educadora. Los forma en la virtud más robusta con el ejemplo de una vida que es la norma para toda la vida.

La escuela de San Bernardo se complace en llamar a María Madre nuestra:

S. Eldredo de Inglaterra, Abad cisterciense († 1167) escribe:

¿Acaso no es Ella nuestra Madre? — Ciertamente, hermanos, Ella es verdaderamente nuestra Madre... Por Ella nacimos no para el mundo sino para Dios: somos nutridos por Ella, no con la leche de la carne, sino con aquella de la cual dice el Apóstol: Os dí a beber leche, no manjares (I Cor. 3, 2)... Ella es Madre nuestra, Madre de nuestra vida, Madre de nuestra incorrupción, Madre de nuestra luz... Ella, pues, que es Madre de Cristo, es Madre de nuestra sabiduría, Madre de nuestra justicia, Madre de nuestra santificación, Madre de nuestra redención (Cf. I Cor. 1, 30). Por lo tanto eres para con nosotros más madre que la madre de nuestra carne. Luego es mejor nuestro nacimiento de Ella...» (103).

Otro amigo de San Bernardo, el premonstratense Felipe de Harveng († 1183) al comentar el Cantar de los Cantares dice que el Hijo de Dios en la Encarnación fue esposo e hijo de su Madre, fue esposo «al unir a sí una Virgen en una especie de unión conyugal... engendrando en Ella y por Ella hijos espirituales por una eficacia espiritual, de suerte que ambos. El y Ella gozan del fruto y filial posteridad» (104).

(103) Serm. 21, In Nativ. B. Mariæ ML 195, col. 323.

(104) In Cantica Canticorum 1, 1 ML. 203, col. 192.

CONCLUSIONES:

1a La tradición divino-apostólica en la edad patristica nos presenta la Maternidad Espiritual de la Santísima Virgen como una maternidad propiamente dicha, maternidad en el verdadero y pleno sentido de la palabra.

Esta maternidad aparece íntimamente relacionada y vinculada con la Maternidad Divina, tanto que en la Encarnación la Santísima Virgen es Madre de Dios y Madre de los hombres; al engendrar a Jesucristo la Santísima Virgen nos engendra a nosotros. Y la Maternidad Espiritual viene a ser como una prolongación de la Maternidad Divina. San Buenaventura resume así este pensamiento: «Totus populus christianus de utero Virginis... est productus» (De Donis Spirit. S. collat. 6).

La función soteriológica de la Maternidad divina, desde el primer instante de la Encarnación explica el papel de la Segunda Eva en el desempeño de su misión maternal vivificadora y salvífica, y explica también su cooperación a nuestra redención ya en la Encarnación. Esta corredención la relacionan con la Maternidad Espiritual:

San Proclo de Constantinopla, «Si (el Redentor) no se hubiera revestido de mí, nunca me hubiera salvado. Mas en el seno de la virgen aquél mismo que contra mí había dado sentencia, me asumió a mí sujeto a la condenación» (MG, 65, 687-690). Por tanto, en el seno virginal el Hijo de Dios asumió no solamente una naturaleza individual, sino también, espiritual y jurídicamente, la humanidad entera, tal cual era, prevaricadora y sentenciada a muerte eterna; lo cual era condición necesaria para la redención por vía de justicia. (Así comenta el P. J. M. Bover S.J. La maternidad Espiritual en los Padres Griegos, Estudios Marianos VII (1948) p. 103).

Basilio de Seleucia es aún más expresivo: «Oh seno santo y acogedor de Dios! En el cual se rasgó la escritura del

pecado» (MG. 85, 438), y todavía con mayor realismo Teodoro mínimo Morenemita: «Salve, llena de gracia..., que en tu seno sumergiste el pecado de nuestra raza», (que en el seno de la Madre Virgen, comenta Bover, se encerraba el Redentor recapitulando en sí la raza entera de Adán con sus pecados).

2a Hay también testimonios (más escasos) que fundamentan la Maternidad Espiritual en la corredención en el Calvario, y también en la promulgación que hizo Cristo: «Ecce Mater Tua». Entre estos últimos puede colocarse el de Orígenes, Jorge de Nicomedia (siglo IX), S. Eadmero, Ruperto Deuz etc.

3a La tradición reconoce que la Maternidad espiritual de María sigue actuando en el cielo, y su actividad maternal es universal con respecto a todos los hombres y a todas las necesidades de su vida.

Digamos para terminar, que los documentos Pontificios sobre la Maternidad Espiritual no solamente tienen una base solidísima en esta tradición, sino que la corroboran auténticamente y la proponen a los fieles.

Conclusión final

La Maternidad Espiritual, como la propone el Magisterio de los Romanos Pontífices, es una verdad incluida en la tradición divino-apostólica en el período patrístico, como fuente de revelación, y puede ser definida como dogma de fe.